

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 37

CONTENTAMIENTO

*“He aprendido a contentarme,
cualquiera que sea mi situación”.*

Filipenses 4:11

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

37

Contentamiento

Contenido

¿Qué es contentamiento?.....	3
<i>William S. Plumer (1802-1880)</i>	
La quietud del corazón.....	8
<i>Jeremiah Burroughs (1599-1647)</i>	
Contentamiento: Una rara gracia	13
<i>J.C. Ryle (1816-1900)</i>	
Considerar: Una gran ayuda para el contentamiento	20
<i>Thomas Jacombe (1622-1687)</i>	
Contentamiento total en Cristo.....	27
<i>Jonathan Edwards (1703-1758)</i>	
El pecado infernal del descontento.....	33
<i>Thomas Boston (1676-1732)</i>	
Nunca te dejaré	41
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
Mis tiempos en la mano de Dios.....	44
<i>Octavius Winslow (1808-1878)</i>	

Publicado por Chapel Library
*Enviando por todo el mundo materiales centrados
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2021 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org

¿QUÉ ES CONTENTAMIENTO?

William S. Plumer (1802-1880)

En nuestras bibliotecas abundan libros sobre *contentamiento*. Algunos han sido escritos con gran destreza. Tampoco ha habido nunca entre los escritores, mucha discrepancia formal en cuanto a las bondades de lograr esta virtud. Produce resultados tan felices y su aplicación beneficia por tantas razones de peso, que tiene que ser ciego el que considera al descontento como algo casi normal. Por lo tanto, la dificultad no radica tanto en la falta de buenas reglas y fuertes razones para guiarnos hacia un estado de contentamiento como en la profundamente arraigada aversión de nuestro corazón a un deber que requiere nuestro sometimiento a la voluntad de Dios. *Sabemos*, pero no *hacemos*. Sabemos lo que es bueno, pero vamos detrás de lo que es malo. Sonreímos ante la locura o fruncimos el ceño ante la maldad del descontento en otros, no obstante, luego seguimos su ejemplo.

Pero, ¿qué es contentamiento? y ¿cómo puede distinguirse de estados mentales malignos que se le parecen en algo? El contentamiento no es descuido o prodigalidad¹. Tampoco es falta de sensibilidad. Es una disposición de la mente por la cual descansamos satisfechos con la voluntad de Dios en lo que respecta a cuestiones temporales; sin ásperos pensamientos ni palabras respecto de nuestros asuntos cotidianos y sin ningún deseo pecaminoso de cambiar las cosas. Recibimos, sumisamente, lo que se nos da. Gozamos con agradecimiento sus misericordias del presente. Dejamos el futuro en las manos de la sabiduría infalible. Tampoco hay nada en el verdadero contentamiento que lleve al hombre a estar satisfecho con el mundo como su porción o su morada permanente. La persona que vive en contentamiento, puede añorar con tranquilidad el día cuando Cristo lo lleve a su hogar celestial. Puede, como Pablo, vacilar entre ambos, sin saber qué escoger, si permanecer en la carne por el bien de otros, o partir y estar con Cristo, lo cual, decía el Apóstol, es muchísimo mejor (Fil. 1:23)...

Podemos formarnos una idea correcta del contentamiento al considerar sus opuestos; de estos, uno de los más prominentes es la *envidia*. No existe otra pasión tan vil y violenta. Está llena de malicia mortal. Cuando el corazón de una persona no aguanta más el éxito mundano superior de otros y por ello los aborrece, no está lejos de la ruina... Si nuestra actitud hacia

¹ **Prodigalidad** – Extravagancia imprudente en el gasto; despilfarro.

nuestro prójimo es pecaminosa porque Dios es bueno con él, nuestra que-rella es realmente con la Providencia. Esto es más imperdonable porque Dios nos ha informado, expresamente, que cada ser humano del mundo tiene su porción en esta vida. Dios ha provisto, de manera especial para los suyos, una mejor porción que jamás ha disfrutado ni disfrutará hombre alguno en esta tierra, ni siquiera el mismo Adán antes de su caída. No obstante, si Dios da a otro de sus hijos más de lo que nos ha dado a nosotros, ¿no tiene el derecho de hacer lo que quiera con los suyos?

El contentamiento es también lo opuesto a la preocupación corrosiva de nuestra condición mundana. El mandato del Nuevo Testamento es: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Fil. 4:6). Algo similar dice esta exhortación: “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 P. 5:6-7). Con el mismo propósito, dijo nuestro Señor: “No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?” (Mt. 6:25). Es de suma importancia para nuestra paz y nuestro beneficio que comprendamos que toda preocupación inquietante² por las cosas de esta vida, es tanto pecado como necesidad. Es a estas preocupaciones excesivas a las que se refiere nuestro Señor cuando dice: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día” (Lc. 21:34)...

El contentamiento es lo opuesto a codicia. En el Nuevo Testamento en griego, hay dos palabras que pueden ser consideradas *codicia*. Una significa literalmente amor al dinero; la otra [es] el deseo de tener más que, en Efesios 4:19, se traduce como *avidez*³. Estos dos sentidos coinciden porque nadie desea más de algo que no ama. El que ama el dinero no puede estar satisfecho con el que ya posee, quiere más. En ambos casos, el contentamiento es lo opuesto. No ama desmedidamente lo que posee ni codicia más. Dicen las Escrituras: “Sean vuestras costumbres —*tu vida, tu conducta*— sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré” (He. 13:5). “Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto” (1 Ti. 6:8)... Es imposible librarse de una mente codiciosa añadiéndole más riqueza como [lo es] apagar un fuego

² **Preocupación inquietante** – Estados mentales de preocupación o agobio que surgen del miedo o la duda.

³ **Avidez** – Deseo fuerte o intenso de tener, hacer, conseguir y acumular algo.

echándole combustible. Es una gran cosa aprender que “la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lc. 12:15). Por lo tanto, “Si el hombre no está contento con el estado en que se encuentra, no lo estará en ninguno que estuviera”⁴. “Mirad, y guardaos de toda avaricia” (Lc. 12:15).

El contentamiento es también lo opuesto al orgullo. “La humildad es la madre del contentamiento... Los que *nada* merecen, debieran contentarse con *cualquier cosa* [que reciben]”⁵. Cuando nos domina el orgullo y pensamos que merecemos recibir algo bueno de las manos de Dios, es imposible satisfacernos. En cambio, en los humildes radica la sabiduría, la quietud, la gentileza, el contentamiento. El que nada espera porque nada merece, estará satisfecho con lo que reciba de las manos de Dios. De modo que “mejor es lo poco del justo, que las riquezas de muchos pecadores” (Sal. 37:16) porque “el malo, por la altivez de su rostro, no busca a Dios” (Sal. 10:4). El orgulloso es como un buey no acostumbrado al yugo. Es alborotador y fiero. Aleja a sus amigos; se hace enemigos. Sufre muchas dificultades y tristezas donde el humilde, tranquilamente, sigue adelante. El orgullo y el contentamiento no pueden ir de la mano.

Tampoco coinciden para nada el contentamiento y la ambición. “¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques” (Jer. 45:5). Nuestras necesidades reales no son muchas; pero el ambicioso crea miles de demandas [que son] difíciles, si no imposibles, de cumplir. Si el hombre se empeña en gratificar los deseos de una ambición perversa, requerirá más recursos de los que puede poseer cualquier mortal para satisfacer la mitad de ellos. Si el sabio no puede llegar a la condición que su mente desea, procurará sinceramente acomodar su mente a su condición⁶. En cambio, el ambicioso no hará esto. No se contentará con nada que adquiera porque cada logro expande su horizonte y le ofrece un panorama de otra cosa para codiciar, de modo que va de vanidad en vanidad, y por ello desconoce la verdadera paz. ¿Eres ambicioso? Entonces, eres tu propio verdugo.

El contentamiento es lo opuesto a las murmuraciones y quejas contra la providencia de Dios, y acompaña a sus hermanas gratitud, sumisión y entrega a Dios. Al igual que Ezequías, exclama acerca de los mandatos de Dios: “La palabra de Jehová... es buena” (Is. 39:8). ¡Esta es una gran afirmación! Si no puedes decir nada claro para la gloria de Dios, es mejor quedarte callado y no abrir la boca (Sal. 38:13; 39:2).

⁴ Selecciones del rev. John Mason (*Select Remains of the Rev. John Mason*) (Londres: The Religious Tract Society, 1830), 38.

⁵ *Ibíd.*, 38.

⁶ *Ibíd.*, 38.

El contentamiento es también lo opuesto a la *desconfianza en Dios y desencanto con los designios de su Providencia*. En lugar de confiar en el Señor y depender de Él para ser fuerte de corazón; cuántos presagian⁷ lo malo por lo que les ocurre o lo que creen que les ocurrirá. Tienen poca alegría, si es que algo tienen. Sus almas nunca son como el Monte Sion, “que no se mueve, sino que permanece para siempre” (Sal. 125:1)... El contentamiento verdadero... da firmeza, confirma y arraiga el alma...

El contentamiento es un deber absolutamente *razonable*. Es mejor que *tu* voluntad no sea la que controla tus asuntos. Tu salud, serenidad, éxito, riqueza, reputación y alegría te preocupan profundamente; pero ¿estás en condiciones para dirigirlos razonablemente? Si Dios te diera lo que anhelas, ¿cuánto te satisfaría? ¿No sucedería que tus anhelos se cubrirían de preocupaciones, crímenes y sufrimientos? ¿Sería mejor para ti gozar de buena salud sin interrupciones? ¡Sin *algo* de dolor físico, podrías olvidarte que eres mortal! Sería más penoso para el hombre verdaderamente piadoso decir cuándo, por cuánto tiempo y qué grave debiera estar enfermo que estar enfermo toda su vida. Un nombre más importante que el que ahora tienes puede ser tu perdición. Más comodidad puede hacerte objeto de terribles enfermedades. No empeores tu situación con tus quejas pecaminosas.

No has mostrado sabiduría suficiente como para dirigir ninguno de tus propios asuntos. Es una misericordia para todos el que “el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jer. 10:23). El conocimiento humano es ignorancia, la prudencia humana insensatez, la fuerza humana debilidad, la virtud humana una caña delgada y frágil. Dios puede causarte enojo sin haberte hecho ninguna injusticia. Tu voluntad es la voluntad de un pecador. A veces, Dios te ha probado satisfaciendo tus deseos de algo nuevo, algo diferente-y, por lo general, el resultado no ha sido favorable: “Te di rey en mi furor, y te lo quité en mi ira” (Os. 13:11). A menudo, te ha ido peor cuando estabas lleno que cuando estabas con hambre: “Pero engordó Jesurún, y tiró coces” (Dt. 32:15). El bueno de Ezequías anhelaba vivir y Dios le dio quince años más, pero durante ese lapso erró en gran manera y dejó una triste mancha en su nombre. Uno puede vivir demasiado tiempo para su propia paz, honra o provecho. Tus anhelos no siempre son sabios. Cierta niña cayó enferma, su madre estaba desesperada; ayunaba, se desmayaba, lloraba, gritaba. Dios le devolvió la salud al muchacho y cuando fue adulto, cometió un crimen, fue arrestado, encarcelado, convicto, ejecutado y le destruyó a su madre el corazón. ¡Cuánto menos hubiera sufrido si el hijo hubiera muerto en su niñez! Tus razonamientos pueden ser muy equivocados.

⁷ **Presagiar** – Predecir la desgracia o la destrucción.

En cambio, Dios es apto para gobernarte a ti y a todas las cosas. Él sabe lo que es mejor para ti, cuánto puedes soportar y cuándo lo que te hará más bien es una sonrisa o un golpe. Su gracia es inmensa y también lo son su verdad, poder y sabiduría. Si Él dirige tu vida, todo irá bien. Nunca es engañado ni burlado. Es benévolo y gentil: “Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo” (Sal. 103:14). Su voluntad es santa, justa y buena. “Guarda misericordia a millares” (Éx. 34:7). Su fidelidad es para siempre. Debes sentirte feliz porque Jehová gobierna el universo y te gobierna a *ti*. Si eres sabio, “confía en Jehová... y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad” (Sal. 37:3) porque ha dicho: “No te desampararé, ni te dejaré” (He. 13:5). ¡Qué promesa! ¡Qué promesa!

Aprende a contentarte, sea cual fuere tu situación (Fil. 4:11). “Tú eres el que *recibe prestado*, no el *dueño*” de las comodidades creadas⁸. Reprime las primeras señales de ambición, codicia, egoísmo, desasosiego y espíritu de murmuración. Descansa silenciosamente en Dios. El futuro traerá una explicación completa del presente. Atesora en tu corazón las promesas benditas de Dios.

Pídele sin cesar al Señor que aumente tu fe. Cumple con diligencia todas tus obligaciones, especialmente las que incluyen una de sus promesas. “Aguarda a Jehová;... y alíentese tu corazón” (Sal. 27:14). No digas: “Dios se ha olvidado de mí, o es como un extraño que está una noche y se va”. Resiste todos los pensamientos indignos acerca de nuestro Salvador y Padre celestial. Permanece firme y deja los resultados a Aquel que ejerce su soberanía sobre todas las cosas “según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11). Si así lo hacemos, viviremos seguros, será liviana nuestra carga y pronto, el Todopoderoso nos llamará a su presencia “y los días de luto serán acabados” (Is. 60:20). Pero hasta que llegue ese día de gozo, descansa en el Señor y espéralo pacientemente, recordando que “nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar” (1 Ti. 6:7).

Tomado de Devoción vital (*Vital Godliness*). Sprinkle Publications,
www.sprinklepublications.net.

William Swan Plumer (1802-1880): Pastor presbiteriano norteamericano, prolífico autor, nacido en Greensburg, Pensilvania.



⁸ Referencia a Samuel Rutherford (c. 1600-1661): “*De todas las comodidades creadas, Dios es el que presta, tú eres el que recibe prestado, no el dueño*”.

LA QUIETUD¹ DEL CORAZÓN

Jeremiah Burroughs (1599-1647)

“He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Filipenses 4:11).

El contentamiento en toda circunstancia es un arte maravilloso, un misterio espiritual. Es para ser aprendido y esto como un misterio. Por eso [Pablo] dice en el versículo 12: “Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado”.

La palabra traducida *enseñado*, se deriva de la que significa “misterio”. Es como si hubiera dicho: “He aprendido el misterio de esta cuestión”. El contentamiento debe ser aprendido como un gran misterio y aquellos enseñados plenamente en este arte, que es como la adivinanza de Sansón para el hombre natural, han aprendido un misterio profundo... Ofrezco la siguiente descripción: *El contentamiento cristiano es aquel estado del espíritu lleno de gracia, aquietado, interior y dulce que se somete libremente a Dios y se deleita en lo que Él dispone, paternal y sabiamente, en cada circunstancia.* Desglosaré esta descripción porque es como frasco de precioso ungüento, y muy reconfortante y útil para los corazones atribulados en tiempos y condiciones de sufrimiento.

El contentamiento es algo dulce en el interior del corazón. Es una obra del Espíritu en el interior. No se trata sólo de que no procuremos ayudarnos a nosotros mismos con medidas externas violentas, ni que nos abstengamos de expresiones de descontento y murmuraciones con palabras perversas contra Dios y otros; es el sometimiento interior del corazón. “En Dios solamente está acallada mi alma” (Sal. 62:1) y “alma mía, en Dios solamente reposa” (62:5). Eso dicen nuestras Biblias, pero las palabras podrían traducirse igualmente: “Alma mía, permanece quieta ante Dios. Guarda silencio, oh alma mía”.

No sólo debe la lengua guardar silencio; tiene que hacerlo también el *alma*. Muchos pueden guardar silencio conteniéndose de exteriorizar el descontento que bulle por dentro. Esto indica un desorden complicado y gran perversidad en sus corazones. A pesar de su silencio exterior, Dios oye el quejoso e irritado lenguaje de alma. Un zapato puede verse suave y elegante por fuera, mientras adentro pellizca y oprime el pie. Afuera

¹ **Quietud** – Aquí no implica inmovilidad ni pasividad, sino en el sentido de “*aquietado*”, es decir, tranquilidad, sosiego, calma, paz, serenidad, ecuanimidad, aplomo, apacibilidad, afabilidad, mansedumbre.

puede haber mucha calma y quietud, mientras que, por dentro, se mueven sorprendente confusión, amargura, perturbación y aflicción.

Algunas personas son tan débiles que no pueden refrenar la inquietud de sus espíritus, sino que con sus palabras y conductas revelan las lamentables perturbaciones interiores. Sus espíritus son como un mar enfurecido que no arroja más que suciedad y lodo, y son molestos, no sólo para ellos mismos, sino también para los que los rodean. Otros, en cambio, pueden disimular esos desórdenes del corazón, tal como lo hizo Judas cuando traicionó a Cristo con un beso; hierven por dentro y se consumen como un cáncer. A ellos se refiere David cuando dice que sus palabras son más dulces que la miel, sin embargo, tienen guerra en su corazón. En otro lugar dice: “Mientras callé, se envejecieron mis huesos” (Sal. 32:3). De manera similar, mientras estas personas exteriorizan una calma llena de serenidad, sus espíritus tienen furiosas tormentas. Y mientras guardan silencio, su corazón se turba y hasta se desgasta por la angustia y la aflicción. Tienen paz y tranquilidad externa, pero adentro [hay] guerra por el comportamiento rebelde y turbulento² de sus corazones.

Si el logro del verdadero contentamiento fuera tan fácil como permanecer quieto exteriormente, no necesitaría ser aprendido. Requeriría aún menos fuerza y habilidad que la de un apóstol, efectivamente, hasta menos que la que un cristiano común tiene o puede tener. Por lo tanto, se requiere más para lograrlo que lo que demandan los dones comunes y el poder ordinario del razonamiento, que la naturaleza controla. Es una cuestión del corazón.

ES LA QUIETUD DEL CORAZÓN. En él, todo es sosegado y tranquilo... ¿A qué pues, se opone esta quietud del espíritu?...

A la irritación y la angustia³, que van un grado más allá del murmurar⁴. Recuerdo el dicho de un pagano: “El sabio puede preocuparse *por* sus aflicciones, pero no estar enojado *con* ellas”. Hay una gran diferencia entre una preocupación sosegada y un enojo desordenado.

A la turbulencia del espíritu, cuando los pensamientos se amontonan pesadamente y obran de una manera confusa, de modo que los afectos son como el gentío desordenado descrito en Hechos. No sabían con qué propósito se habían juntado (Hch. 19:32). El Señor espera que guardemos silencio bajo sus reprensiones y como dice Hechos 19:36: “Puesto que esto

² **Turbulento** – Caracterizado por conflicto, desorden, confusión; conmoción violenta.

³ **Irritación y angustia** – Ansiedad mental y preocupación.

⁴ **Murmurar** – Decir algo en voz baja o apenas audible, especialmente, en caso de insatisfacción o irritación.

no puede contradecirse, es necesario que os apacigüéis, y que nada hagáis precipitadamente”⁵.

Al espíritu inquieto e inestable, por el cual el corazón se distrae del deber del momento que Dios requiere en nuestras diferentes relaciones con Dios, nuestros prójimos y nosotros mismos. Tenemos que valorar el deber al punto que no demos lugar a que trivialidad alguna nos desvíe de él. De hecho, un cristiano valora en gran manera, cada servicio a Dios que, aunque algunos pueden ser a los ojos del mundo y de la razón natural una empresa sin importancia y vacía, elementos miserables o tonterías, sin embargo, dado que Dios lo requiere, la autoridad del mandato domina su corazón, de tal manera que está dispuesto a gastarse y ser gastado para cumplirlo. En cuanto a esto, Lutero⁶ se expresó diciendo que las obras comunes, realizadas *con fe* y *nacidas* de la fe, son máspreciadas que el cielo y la tierra⁷. Si de hecho es así y el cristiano lo sabe, no se distraerá con pequeñeces. Responderá a cada distracción y resistirá toda tentación como lo hizo Nehemías cuando Sanbalat, Tobías y Gesem intentaron distraerlo de la reconstrucción del muro. Mandó decirles: “Yo hago una gran obra, y no puedo ir; porque cesaría la obra, dejándola yo para ir a vosotros” (Neh. 6:3).

A las preocupaciones que llevan al descuido y consumen el corazón. El corazón lleno de gracia estima tanto su unión con Cristo y la obra que Dios le encarga que no puede permitir que nada dentro de su poder se interponga y lo ahogue o anule. El cristiano anhela que la Palabra de Dios lo posea plenamente hasta partirle el alma y el espíritu (He. 4:12), pero no deja que el temor y el rumor de malas noticias se apodere tanto de su alma que cause allí una división y una lucha semejante a la que libraban los mellizos que luchaban en la matriz de Rebeca (Gn. 25:22). Un gran hombre puede permitir que gente común se pare fuera de sus puertas, pero no que entren y hagan ruido en su cámara o dormitorio cuando se ha retirado de todos sus menesteres cotidianos. De la misma manera, un espíritu en paz puede inquirir acerca de las cosas afuera en el mundo, y tolerar que algunos cuidados y temores comunes irruman en los alrededores de su alma, de modo que piensa un poco en ellos, pero de ninguna manera, permitirá su intrusión en la cámara privada que reserva totalmente para Jesucristo como su templo interior.

⁵ **Precipitadamente** – Imprudentemente; irreflexivamente.

⁶ **Martín Lutero** (1483-1546) – Teólogo alemán, figura central de la Reforma Protestante.

⁷ ¿Quién puede proclamar adecuadamente, el provecho y el efecto de siquiera una obra que, con fe y con base en ella, realiza el cristiano? Es más valioso que el cielo y la tierra (Martín Lutero en Obras de Lutero (*Luther's Works*), Tomo 26; Lecciones sobre Gálatas (*Lectures on Galatians*), 1535, Capítulos 1-4, 334).

A desalientos que hunden. Cuando las cosas no marchan de la manera como uno espera, cuando la marea de causas secundarias es tan baja que casi no vemos los medios externos que mantengan nuestras esperanzas y nuestro corazón, comenzamos a razonar como lo hizo [el príncipe] en 2 Reyes 7:2: “Si Jehová hiciese ahora ventanas en el cielo, ¿sería esto así?”. Nunca consideramos que Dios puede dar vista a los ciegos con lodo y saliva, y que puede obrar por encima, más allá e incluso, en contra de los medios. A menudo, hace que las flores más hermosas, producto de los esfuerzos del hombre, se marchiten y que sucedan cosas improbables a fin de que la gloria de los esfuerzos sea dada a Él. De hecho, si su pueblo necesita milagros para lograr su liberación, los milagros son tan fáciles para Dios como darle a su pueblo el pan de cada día. Muchas veces, una bendición de Dios es secreta para sus siervos, por lo que no saben de dónde viene. “No veréis viento, ni veréis lluvia; pero este valle será lleno de agua” (2 R. 3:17). Dios quiere que dependamos de Él, aunque no veamos cómo suceden las cosas. Si fuera de otra manera, no demostraríamos un espíritu aquietado. Aunque en aflicción, no dejes que tu corazón desmaye. Si tu corazón desmaya y está desalentado por alguna aflicción, con más razón necesitas esta lección sobre el contentamiento.

A cambios y evasiones⁸ pecaminosas para conseguir alivio y ayuda. Un ejemplo de esto es el de Saúl corriendo hacia la adivina de Endor y ofreciendo un sacrificio antes de que llegara Samuel. Y cuando el buen rey Josafat trabó amistad con Ocozías (2 Cr. 20:35). Asa recurre a la ayuda de Ben-adad, rey de Siria, en lugar de recurrir al Señor (2 Cr. 16:7-8), aunque el Señor le había entregado al numeroso ejército etíope en sus manos (2 Cr. 14:12). El bueno de Jacob acordó con su madre mentirle a Isaac, no quiso esperar los tiempos de Dios y usar los medios de Dios; se apuró demasiado y se salió de su camino para conseguir la bendición que Dios quería para él. Esto es lo que hacen muchos —por la corrupción de su corazón y la debilidad de su fe— porque no pueden confiar en Dios y seguirle totalmente en todas las cosas y de manera permanente. Ésta es la razón por la que, muchas veces, el Señor tiene que poner sobre los santos cruces temporales y dolorosas, como en el caso de Jacob, aunque finalmente obtuvo misericordia. Es posible que tu corazón carnal esté pensando: “No me importa cómo me libre de este mal, sólo pido ser librado”. ¿No piensas así muchas veces cuando estás sufriendo una cruz o aflicción? ¿No experimentas tales obras del espíritu como ésta? “Ay, si pudiera librarme de esta aflicción sea como sea, no me importa cómo” —*tu*

⁸ **Cambios y evasiones** — Métodos utilizados para lograr un objetivo de manera rápida, independientemente de si son justos, correctos o sabios a largo plazo, con los cuales se evaden las responsabilidades.

corazón dista mucho de estar aquietado—. Estas soluciones pecaminosas son las cosas opuestas a la quietud que Dios requiere en un espíritu que tiene contentamiento.

Lo último que se opone a la quietud del espíritu es la rebelión desesperada contra Dios. Éste es el más abominable. Espero que muchos de los lectores hayan aprendido hasta aquí que para tener contentamiento han de evitar tales desórdenes, pero la verdad es que, no sólo los impíos, sino a veces, los propios santos de Dios, muestran estos indicios cuando una aflicción permanece por mucho tiempo, es muy severa y verdaderamente pesada sobre ellos, que les hiere, por así decirlo, hasta los tuétanos. Sienten que su corazón comienza a protestar contra Dios, sus pensamientos empiezan a crispase y sus afectos se van convirtiendo en una rebelión contra Dios mismo. Éste es, especialmente, el caso de los que, además de tener sus corrupciones, son muy melancólicos. El diablo obra tanto en las corrupciones de su corazón como en la enfermiza melancolía⁹ de su cuerpo. Aunque en el fondo exista la gracia, bajo la aflicción puede levantarse contra Dios mismo.

Ahora bien, la quietud cristiana es lo opuesto a todas estas cosas. Cuando llega la aflicción, sea cual fuere, no murmura. Aunque la siente, aunque le hace clamar a Dios, aunque anhela ser librado de su dolor, procura hacerlo por todos los medios piadosos, no murmura, ni se queja, ni tampoco se desespera. No hay en su espíritu nada tumultuoso, ni inestabilidad. No tiene en su corazón temores que lo distraen, no hay desánimo que hunde, no hay cambios ni evasiones pecaminosas, ni ninguna rebelión contra Dios. Ésta es la *quietud de espíritu* en la aflicción.

Tomado de *La rara joya del contentamiento cristiano (The Rare Jewel of Christian Contentment)*, disponible en CHAPEL LIBRARY como un folleto abreviado y solamente en inglés.

Jeremiah Burroughs (1599-1647): Predicador inglés puritano congregacionalista, uno de los miembros independientes de la Asamblea de Westminster, nacido en Anglia Oriental, región oriental de Inglaterra.



La avaricia, el descontento y la murmuración son tan naturales para el hombre como lo son las espinas para el suelo. —*Juan Calvino*

⁹ **Enfermedad de la melancolía** – En la época de Burroughs, la melancolía se consideraba una enfermedad mental funcional caracterizada por una reflexión lúgubre, miedos infundados y aflicción general; ahora se le conoce simplemente como *melancolía*.

CONTENTAMIENTO: UNA RARA GRACIA

J.C. Ryle (1816-1900)

“Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré” (Hebreos 13:5).

No hay nada más barato que los buenos consejos. Todo el mundo cree que le puede dar buenos consejos a su vecino y decirle exactamente lo que debiera hacer en la mayoría de los casos. En cambio, lograr la gracia que encabeza este escrito es muy difícil. Hablar de contentamiento mientras gozamos de buena salud y prosperidad es fácil; pero estar contento en medio de pobreza, enfermedad, problemas, desencantos y pérdidas es algo que muy pocos pueden lograr.

Vayamos a la Biblia para ver cómo encara este gran deber de contentamiento. Destaquemos cómo el eminente Apóstol de los gentiles habla cuando quiere convencer a los cristianos hebreos que tengan contentamiento. Avala la autoridad de su orden con un motivo hermoso. No dice secamente que estén “contentos”. Agrega palabras que retumban en los oídos de todos los que leen su carta y prepara sus corazones para la lucha¹: Estén “contentos”, les dice, “con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré”.

Lector, veo cosas en esta frase de oro que, según mi opinión, merecen atención especial. Dame tu atención unos minutos e intentaremos averiguar cuáles son.

Examinemos primero, el precepto que san Pablo nos da: Estén “contentos con lo que tenéis ahora”. Estas son palabras sencillas. Un niño pequeño las puede entender. No contiene una doctrina elevada; no incluyen ninguna cuestión metafísica² y, aun así, sencillas como son, el deber que estas palabras enuncian es de suma importancia práctica para todas las clases.

El contentamiento es una de las gracias más raras. Como todas las cosas preciosas, es muy poco común. El antiguo teólogo puritano³, quien escribió un libro sobre el tema, hizo bien en llamar a su libro *La rara joya*

¹ **Prepara sus corazones...** – Reunir coraje o dominio propio para prepararse para algo difícil.

² **Cuestión metafísica** – Parte de la filosofía que trata del ser, de sus principios, de sus propiedades y de sus causas primeras.

³ **Jeremiah Burroughs** (1599-1647) – Predicador congregacionista y miembro de la Asamblea de Teólogos de Westminster.

del contentamiento cristiano. Se dice que un filósofo ateniense⁴ fue un mediodía al mercado con una lámpara con el fin de encontrar un hombre honesto. Creo que le hubiera sido igual de difícil encontrar uno con contentamiento.

Antes de caer, los ángeles caídos contaban con el cielo mismo como su morada, y la presencia cercana y el favor de Dios, *pero no tenían contentamiento.* Adán y Eva tenían el Jardín de Edén en el cual vivir y con la libertad de recurrir a todo con la excepción de un árbol, *pero no tenían contentamiento.* Acab tenía su trono y su reino, pero mientras el viñedo de Nabot no fuera suyo, *no tenía contentamiento.* Amán era el favorito del rey de Persia, pero mientras Mardoqueo siguiera sentado a la puerta del rey, *no tenía contentamiento.*

En la actualidad, sucede lo mismo. En todas partes prevalecen la murmuración, la insatisfacción, el descontento con lo que tenemos. Decir como dijo Jacob: “Todo lo que hay aquí es mío” (Gn. 33:11)⁵, [significando que tenía suficiente] es totalmente contrario a la naturaleza humana. Decir: “Quiero más” parece ser la consigna de cada hijo de Adán. Nuestros hijos son una muestra cotidiana de esta verdad. Aprenden a pedir “más” mucho antes de que aprenden a estar satisfechos. Son mucho más propensos a reclamar lo que quieren, que decir “gracias” cuando lo han [recibido].

Me atrevo a decir que son pocos los lectores de este escrito que no quieren algo diferente de lo que tienen: algo más o algo menos. Lo que uno tiene no parece ser tan bueno como lo que no tiene. Uno se imagina que sería bastante feliz si tuviera esto a aquello.

Consideremos ahora con qué fuerza debiera grabarse en nuestra conciencia el estar “contentos con lo que tenéis ahora”; no con las cosas que tenían *antes*, no con las cosas que *esperan* tener, sino con las cosas que *tienen ahora*. Con tales cosas, sean las que fueren, hemos de contentarnos: Con la casa que tenemos, con nuestra posición, nuestra salud, nuestros ingresos, nuestro trabajo, nuestras circunstancias... Contentarnos es ser ricos y pudientes. Rico es el hombre que nada quiere aparte de lo que tiene y que no requiere más. No pregunto cuáles son sus ingresos. Un hombre puede ser rico en una cabaña y pobre en un palacio.

Tener contentamiento es ser independiente. Es independiente el que no depende de cosas creadas para su comodidad y que tiene a Dios como

⁴ **Filósofo ateniense** – Se refiere a Diógenes de Sinope (412 a.C. – 323 a.C.), también llamado *Diógenes el Cínico*. Filósofo griego perteneciente a la escuela cínica. Nació en Sinope, una colonia jonia del mar Negro y murió en Corinto.

⁵ **Nota del editor** – Génesis 33:11, en la versión King James dice textualmente: *I have enough*, lo que significa: Tengo suficiente.

su porción. Un hombre así es el único que siempre está feliz. Nada puede fallar ni andar mal para alguien así. Las aflicciones no lo sacudirán y las enfermedades no lo perturbarán. Puede recoger uvas de las espinas e higos de los cardos porque puede obtener el bien del mal. Como Pablo y Silas, cantará en la prisión, aun con los pies inmóviles en el cepo. Como Pedro, dormirá tranquilo la noche antes de su ejecución. Como Job, bendecirá al Señor, aun cuando le son quitados todos sus bienes.

¡Ah, lector! Si quieres ser verdaderamente feliz —*¿y quién no lo quiere?*— busca la felicidad en lo único en lo que puedes encontrarla. No la busques en el dinero. No la busques en los placeres, en los amigos ni en el saber. Búscala en tener tu voluntad en armonía perfecta con la voluntad de Dios. *Búscala en procurar contentamiento.*

Tal vez respondas: “Eso suena muy bien, pero ¿cómo puede uno tener siempre contentamiento en un mundo como éste?”. Respondo que hay que despojarse del orgullo y ser consciente de lo que realmente merece para poder ser agradecido en cualquier condición en que se encuentre. Si el hombre realmente comprendiera que no merece nada y que cada día es deudor de la misericordia de Dios, dejaría de quejarse. Quizá digas que cargas tantas cruces, pruebas y dificultades que te es imposible tener contentamiento. Respondo que te conviene recordar tu ignorancia. ¿Sabes mejor que Dios lo que es bueno para ti? ¿Eres tú más sabio que Él?

Las cosas que anhelas, podrían arruinar tu alma. Las cosas que pediste, podrían haberte envenenado. Recuerda a Raquel que anhelaba tener hijos; los tuvo y murió (Gn. 30:1; 35:16-19). Lot quería vivir cerca de Sodoma y todos sus bienes se quemaron. Aléjese de esas cosas que hacen naufragar su corazón.

En segundo lugar, examinemos la base sobre la cual san Pablo construye su precepto. La base es un solo texto bíblico. Es sorprendente observar el pequeño fundamento que parece poner el Apóstol cuando nos pide que estemos contentos. No presenta ninguna promesa de bienes terrenales ni recompensas temporales. Sencillamente, cita un versículo de la Palabra de Dios. El Señor ha hablado, “Él dijo”...

El punto principal que quiero destacar es éste: Debíamos hacer de los textos y las promesas de la Biblia nuestro refugio en el tiempo de aflicción y la fuente de consuelo de nuestra alma. Cuando san Pablo quería enfatizar una gracia y recomendar un deber, citaba un texto. Cuando tú y yo queremos dar razón de nuestra esperanza o cuando sentimos que necesitamos fuerzas y consuelo, tenemos que recurrir a nuestra Biblia y tratar de encontrar los textos adecuados. El abogado se vale de casos y decisiones del pasado cuando presenta su moción. Argumenta: “Tal o cual juez ha dicho esto, presentando así un precedente válido”. El soldado

en el campo de batalla toma ciertas posiciones y hace ciertas cosas, y si le preguntan por qué, te dirá: “He recibido tales o cuales órdenes de mi general, y las obedezco”. El cristiano verdadero debe usar la Biblia siempre de esta manera, ésta tiene que ser su libro de referencia y de precedentes. La Biblia tiene que ser para él las órdenes de su capitán. Si alguien le pregunta por qué piensa de esta manera, vive de esta manera, siente lo que siente, lo único que necesita responder es: “Así lo ha dicho Dios. De Él recibo mis órdenes y eso basta”.

Lector, no sé si he sido claro; pero a pesar de lo sencillo que parezca, este asunto es de gran importancia práctica. Quiero que veas el lugar y oficio de la Biblia y la importancia indescriptible de conocerla bien y dominar su contenido. Quiero que te armes de textos y versículos de la Biblia fijándolos en tu memoria; que los leas de manera que los recuerdes y que los recuerdes para [poder] usar lo que lees.

Tú y yo enfrentaremos dificultades y tristezas. No hay que ser profeta para reconocerlo. De seguro, vendrán enfermedades, muertes, separaciones y desencantos. ¿Qué nos sostendrá en los días de oscuridad, que son muchos? Nada puede hacerlo como los textos de la Biblia.

Tú y yo quizá estemos postrados durante meses por alguna enfermedad. Días pesados y noches extenuantes, un cuerpo adolorido y una mente debilitada pueden hacer que la vida sea una carga. ¿Qué nos sostendrá? Nada podrá alegrarnos y sostenernos tanto como los versículos de la Biblia.

Tú y yo enfrentaremos la muerte. Habrá amigos que dejar, hogar que abandonar, sepulcro que visitar, un mundo desconocido al que entrar y, por último, el Juicio Final. ¿Qué nos sostendrá y consolará cuando se acercan los últimos momentos? Nada, creo con firmeza, podrá ayudar a nuestro corazón en esa hora solemne, como los textos de la Biblia.

Anhele que todos llenen su mente de los pasajes de las Escrituras mientras están bien y fuertes para poder tener ayuda segura el día que la necesiten. Quiero que sean diligentes en estudiar su Biblia y en familiarizarse con su contenido para que el maravilloso Libro esté a su lado y hable con ustedes cuando fallan todos los amigos terrenales... Le digo a todo lector: Ármate de un conocimiento a fondo de la Palabra de Dios. Léela y que puedas decir: “Tengo *esperanza* porque así y así está escrito. No tengo *temor* porque así y así está escrito”. Feliz es el alma que puede decir con Job: “Guardé las palabras de su boca más que mi comida” (Job 23:12).

Examinemos [por último] el texto específico que cita san Pablo para hacer cumplir el deber del contentamiento. Le dice a los hebreos: “Él dijo: No te desampararé, ni te dejaré”. Poco importa a qué Persona de la Trinidad le adjudicamos estas palabras, si al Padre, al Hijo o al Espíritu

Santo. Al final de cuentas, es lo mismo. Todos, Padre, Hijo y Espíritu Santo están comprometidos con salvar al hombre en el Pacto de Gracia⁶. Cada una de las tres Personas dice, como las otras dos: “No te desampararé, ni te dejaré”.

Esta promesa singular es muy dulce. Merece mucha atención. Dios le dice a cada hombre o mujer dispuesto a entregar su alma a la misericordia que es en Cristo: “No te desampararé, ni te dejaré”. Yo, el Padre eterno, el Dios todopoderoso, el Rey de Reyes “no te desampararé”. Nuestro idioma no alcanza a incluir el significado completo del griego, el cual implica: “inunca —no nunca— no, ni nunca!”.

Ahora bien, si algo sé de este mundo, es que “deja, abandona, parte, separa, falla y desengaña”. Pensemos en lo inmenso del consuelo de encontrar algo que nunca nos dejará ni fallará.

Las buenas cosas terrenales nos dejan. Salud, dinero, prosperidad, amistad; todas toman vuelo y desaparecen. Están aquí hoy y mañana no. En cambio, Dios dice: “Nunca te dejaré”.

Nos dejamos unos a otros. Crecemos en familias llenas de afecto y ternura, y después nos diseminamos por todas partes. Uno sigue su llamado o profesión en una dirección, otro en otra. Nos vamos al norte, al sur, al este o al oeste y quizá, no nos volvamos a ver. Nos encontramos rara vez con nuestros amigos y parientes más cercanos. En cambio, Dios dice: “Nunca te dejaré”.

Los que amamos nos dejan. Mueren y, año tras año, son cada vez menos. Cuanto más hermosas nuestras relaciones familiares, parecen ser como las flores, más frágiles, delicadas y efímeras. En cambio, Dios dice: “Nunca te dejaré”.

La separación es la ley universal en todas partes, excepto entre Cristo y su pueblo. La muerte y el fracaso arrasan con todo lo demás, pero no con el amor de Dios por los creyentes. La relación más íntima sobre la tierra —el lazo matrimonial—, tiene un final. Como dice la promesa entre los desposados, “hasta que la muerte nos separe”. En cambio, la relación entre Cristo y el pecador que confía en Él, nunca termina. Vive cuando el cuerpo muere. Vive cuando la carne y el corazón fallan. Una vez que comienza, nunca se marchita. Esa relación se hace más brillante y fuerte con la tumba. “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá

⁶ **Pacto de Gracia** – El propósito de Dios de redención eterna por gracia, concebido antes de la creación del mundo, anunciado primeramente en Génesis 3:15, progresivamente revelado a través de la historia y cumplido en la Persona y obra de Jesucristo, y obtenida por fe en Él.

separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:38-39).

Pero esto no es todo. “No te desampararé, ni te dejaré” son palabras que contienen una sabiduría única profunda. Notemos que Dios no dice: “Mi pueblo tendrá siempre cosas placenteras. Siempre será alimentado en verdes pastos y no tendrá pruebas, ni serán las pruebas muy breves y pocas”. No dice semejante cosa, ni adjudica tal destino a su pueblo. Al contrario, envía a los suyos aflicciones y castigos. Los prueba por medio del sufrimiento. Los purifica por medio del dolor. Ejercita su fe por medio de las desilusiones. Aun así, en todas las cosas promete: “No te desampararé, ni te dejaré”.

Cada creyente capte estas palabras y guárdelas en su corazón. Téngalas a mano y no deje de recordarlas; algún día las va a necesitar. Los filisteos lo atacarán y la mano de la enfermedad lo aplastará, el rey del terror se acercará y el valle de sombra de muerte se presentará ante sus ojos. La hora viene cuando no encontrará nada tan reconfortante que un texto como éste. Nada tan alentador como sentir realmente la compañía de Dios.

Aférrate a la palabra *nunca*. Vale su peso en oro. Aférrate como un hombre que se ahoga se aferra a la soga. Agárrala con firmeza como el soldado atacado por todos los costados empuña su espada. Dios ha dicho y lo cumplirá: “No te desampararé, ni te dejaré”. [No lo hará nunca. No fijó límites].

“*iNunca!*”. Aunque tu corazón desfallezca a menudo y estés cansado de ti mismo y de tus muchos fracasos y debilidades; aun entonces, la promesa no fallará.

“*iNunca!*”. Aunque el diablo susurre: “Serás mío al final. Dentro de poco tu fe fallará y serás mío”, aun entonces, Dios cumplirá su Palabra.

“*iNunca!*”. Aunque arremetan contra ti oleadas de problemas y toda esperanza parezca perdida, aún entonces, la Palabra de Dios permanecerá.

“*iNunca!*”. Cuando el frío de la muerte se apodere de ti y tus amigos ya nada puedan hacer, y comiences ese viaje sin retorno; aun entonces, Cristo no te dejará.

“*iNunca!*”. Cuando venga el Día del Juicio⁷, los libros sean abiertos, los muertos se levanten de sus tumbas y comience la eternidad, aun *entonces*, la promesa se cumplirá con todo su peso. Cristo no dejará de sostener tu alma.

⁷ Ver FGB 210, *Day of Judgment*, en inglés (Día del Juicio). Disponible en CHAPEL LIBRARY.

Oh, lector creyente, confía en el Señor para siempre porque Él dice: “No te dejaré”. Pon todo tu peso sobre Él; no tengas temor. Gloríate en su promesa. Regocíjate en la fuerza de tu consolación. Puedes afirmar vivamente: “El Señor es mi ayudador; no temeré” (He. 13:6).

Concluyo este escrito con tres comentarios prácticos. Considéralos seriamente y hazlos tuyos:

(1) *Déjame decirte por qué en el mundo hay tan poco contentamiento.* La respuesta sencilla es porque hay muy poca gracia y religión auténtica. Son pocos los que conocen su propio pecado, pocos son conscientes de lo que merecen, muy pocos están contentos con las cosas que poseen. Las verdaderas raíces del contentamiento son: Humildad, conocimiento propio, una clara visión de su propia corrupción y vileza.

(2) *Déjame mostrarte, en segundo lugar, lo que debes hacer si quieres tener contentamiento.* Tienes que conocer tu propio corazón, buscar a Dios para que sea tu porción, aceptar a Cristo como tu Salvador y hacer de la Palabra de Dios tu alimento diario. El contentamiento no se aprende a los pies de Gamaliel⁸, sino a los pies de Jesucristo. Aquel que tiene a Dios como amigo y al cielo como su hogar, puede esperar cosas buenas y contentarse con poco aquí abajo.

(3) *Déjame decirte, por último, que hay una cosa con la cual nunca deberíamos contentarnos.* Esa cosa es la poca religión, la poca fe, la poca esperanza y la poca gracia. Nunca quedemos satisfechos con un poco de estas cosas. Por el contrario, busquémoslas más y más... Una cosa hay con la cual nunca hemos de estar satisfechos y contentos, y eso es cualquier cosa que se interponga entre nuestra alma y Cristo.

Tomado de Nos conoceremos unos a otros y otros escritos (*Shall We Know One Another and Other Papers*), Charles Nolan Publishers.

J. C. Ryle (1816-1900): Obispo de la Iglesia Anglicana; nacido en Macclesfield, Condado de Cheshire, Inglaterra.



El contentamiento de la mente es uno de los frutos de la humildad espiritual.

—A. W. Pink

⁸ El **rabino Gamaliel I** – Fue un fariseo, reconocido doctor de la ley y prominente miembro del Sanedrín en la mitad del primer siglo. La Biblia afirma que fue maestro de Pablo de Tarso.

CONSIDERAR: UNA GRAN AYUDA PARA EL CONTENTAMIENTO

Thomas Jacombe (1622-1687)

*“Pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación”
(Filipenses 4:11).*

Consideremos el contentamiento en lo que respecta a la calma y compostura de la mente en toda condición, y la quietud y tranquilidad de espíritu en todos los casos de la Providencia. Cuando al hombre le agrada lo que Dios le hace *a él* o *con él*, sea lo que fuere... eso es contentamiento. Existe una gran *afinidad*¹, aunque no una *identificación* perfecta, entre el contentamiento y la paciencia. Es lo opuesto a la irritación, la angustia y la murmuración, igualmente, el contentamiento es opuesto a toda perturbación mental incorrecta bajo las cosas ordenadas por Dios para nosotros que no cuadran con nuestros deseos naturales. Es indudable que ésta era una de las cosas, si no la principal, a la que se refería el Apóstol cuando dijo, “he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación”. Es como si hubiera dicho: “He llegado a esta posición: Siempre pensar bien de Dios y en cada estado en que le plazca colocarme. Lo que le place a Él, me place a mí; sea prisión, pobreza, enfermedad, oprobio o la muerte misma. Con que se haga la voluntad de Dios, estoy contento. He sido enseñado a tomar todas las cosas con gran [firmeza mental] o serenidad espiritual”.

Entonces, surge la pregunta: “¿Cómo podemos llegar a este excelente estado que es tener un corazón tranquilo y quieto en toda circunstancia, sin alterarnos ni sentirnos descontentos por nada que nos ocurra?”. Constar esta pregunta es el tema de este trabajo...

Tenemos un buen consejo en Eclesiastés 7:14: “En el día del bien goza del bien; y en el día de la adversidad *considera*²”. Cuando nos sucede algo contrario a nuestros deseos —eso lo convierte en “el día de la adversidad”— detenernos a *considerar* en nuestro estado, ayuda mucho para aquietar el espíritu. *Considerar* las cosas es una ayuda excelente para el contentamiento. El que no es reflexivo³ nunca aprenderá la lección del

¹ **Afinidad** – Naturaleza semejante.

² **Considerar** – Reflexionar con atención y detenimiento para formar una opinión sobre algo.

³ **Reflexivo** – Inclinado a pensar o considerar las cosas.

texto. Las perturbaciones de la mente no se evitan ni curan con encantamientos ni conjuros, sino con una seria y juiciosa consideración... ¿Saben cuál es ese tema especial y correcto a *considerar* para favorecer el contentamiento en cualquiera sea la situación? Consta de tres partes: **Considerar:**

Quién es el que ordena la situación: Sin duda alguna, es el Dios supremo, soberano quien determina todo. “En tu mano están mis tiempos” (Sal. 31:15). Lo mismo es con cada persona en el mundo y con todo lo *relacionado* con cada una. Todo está en la mano de Dios. Hay una Mano en las *alturas* que dirige todos los eventos *aquí en la tierra*. El que cuenta nuestros cabellos es el que ordena nuestro estado. El bien y el mal no suceden al azar, ni por casualidad o accidente. Ambos están dispuestos⁴ por la providencia de Dios, según su voluntad. Pareciera que coincidimos plenamente con esto, pero, en la práctica, lo olvidamos por completo o lo negamos rotundamente. Por lo tanto, mi consejo es éste: En cualquier momento en que sus corazones empiecen a atormentarse y desesperarse por su condición, deténganse y *consideren*, seriamente, Quién es el que ordena esa condición. Dejen que sus pensamientos se centren en eso y comprueben que es para su beneficio, a fin de acallar todas las perturbaciones indebidas de la mente. David nos dice: “En mi meditación⁵ se encendió fuego” (Sal. 39:3), es decir, “el fuego de la pasión”, según comentan muchos. Hay por cierto, una meditación que tiende a inquietar el corazón: Cuando todos nuestros pensamientos se concentran en estudiar lo que nos preocupa. En cambio, la meditación que ahora recomiendo, tiene un efecto muy distinto. *Apaga* el fuego, no lo aviva. Pienso que el cristiano no se perturba fácilmente por lo que le sucede, sin importar lo que sea, si considera que todo procede de Dios... ¿Es aceptable que la criatura se enoje con Dios, como se enojó Jonás? (Jon. 4:9). ¿Disputará el hombre con Dios? “Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?” (Is. 45:9; Ro. 9:20). ¿Será juzgada la Providencia en nuestros tribunales y chocará *nuestra* voluntad con *la de Dios*? ¡De ninguna manera! Hay toda razón en el mundo para que sea lo que fuere que complace a Dios, complazca también a la criatura. “Jehová es; haga lo que bien le pareciere” (1 S. 3:18)... “Jehová dio”, dijo Job, “y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito” (Job 1:21). No conozco una manera más eficaz para lograr la quietud espiritual que *considerar* que *todo es ordenado por Dios*... Pero aquí en nuestra consideración, que a fin de tener un corazón tranquilo y en calma, es bueno... no sólo pensar que todo es ordenado por Dios, sino en cómo y de qué modo todo es ordenado por Él. Oh, si esto

⁴ **Dispuesto** – Designado.

⁵ **Meditar** – Reflexionar y/o estar absorto en sus pensamientos.

fuera meditado y digerido debidamente, sería de gran eficacia en aumentar el contentamiento.

Entonces, tengamos en cuenta cuatro aspectos de esto:

(1) **Todo es ordenado por Dios irremisiblemente.** “Lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?” (Is. 43:13). Esto se aplica a todos los tratos providenciales de Dios con cada una de las personas en el mundo. Estos se efectúan con un poder tan imponente que es en vano que alguien quiera resistir y obstaculizar lo que Dios hará... No se puede contender con Él. “¿Ha de ser eso según tu parecer? Él te retribuirá, ora rehúses, ora aceptes, y no yo; di, si no, lo que tú sabes” (Job 34:33)... Si Dios lo concede, lo tendrás. Si Él lo retiene, todos los esfuerzos por obtenerlo serán infructuosos. ¡Ansiar que una aflicción desaparezca [contendiendo con Él] no dará resultado! Si la voluntad de Dios es quitártela, te será quitada. Si no lo es, tienes que seguir soportando. El contentamiento humilde logra mucho, *no así* el contender con soberbia. Dios sabe lo que tiene que hacer y nada impedirá que lo haga. Por lo tanto, oremos al Señor cuando aparezcan las primeras señales de apasionamiento⁶ en nuestra alma. Reflexionemos en esto con premura. Si el obrar de la Providencia ha de seguir su curso, no hay nada que interrumpa al Dios soberano y todopoderoso —“él hará todo lo que quiere” (Ec. 8:3) y “hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11)— por lo tanto, nuestro razonamiento y juicio nos dirá que es mejor ceder y someternos a este Dios, y aceptar aquello que no podemos cambiar.

(2) **Todo es ordenado por Dios justa y rectamente.** Él es justo y recto. “El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Gn. 18:25). “Justo es Jehová en todos sus caminos, y misericordioso en todas sus obras” (Sal. 145:17). “Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos” (Ap. 15:3)... “Justicia y juicio son el cimiento de su trono” (Sal. 97:2)... Es éste un tema excelente para meditar cuando algo nos aflige. Bien puede haber contentamiento en cualquiera que sea nuestra situación cuando en cada escenario está presente la justicia de Dios. La Providencia puede, a veces, ser oscura y misteriosa, pero es *siempre* justa y recta. Dios puede afligirnos a veces, pero nunca ser *injusto* con nosotros. Sabe que no es bueno darnos todos nuestros deseos para complacernos; pero todo lo que hace por nosotros es bueno (Sal. 51:4; Lm. 1:18). ¿Nos quita una misericordia que no hayamos ya perdido? ¿Nos da una aflicción que nosotros ya hayamos merecido por nuestro pecado? De ser así, ¿no es mejor guardar silencio delante de Él? “¿Por qué se lamenta el hombre viviente? Laméntese el hombre en su pecado” (Lm. 3:39)... Proverbios 19:3 es un versículo tremendo:

⁶ **Apasionamiento** – Se refiere a indignación.

“La insensatez del hombre tuerce su camino, y luego contra Jehová se irrita su corazón”. ¡Provocamos a Dios a afligirnos y, luego, nos enojamos con Él! Debiéramos enojarnos con nosotros mismos porque nuestros propios pecados son la única razón de nuestras miserias. A menudo, tenemos razones para estar descontentos con nuestro propio corazón por nuestro orgullo, carnalidad, ingratitud, incredulidad, etc. ¡Este es un descontento *bueno*! Pero que jamás exista una razón para perturbarnos por lo que Dios hace: Él es santo y justo en todo lo que hace. Consideremos lo siguiente: “Tanta bondad me [falta], tanta maldad que siento. Pero, ¿es Dios injusto en cualquiera de los dos casos? Por supuesto que no porque lo merezco en un caso y en otro no. Entonces, ¿por qué contender o disgustarme con Dios?”. En suma, hagamos que esta consideración que aquieta el corazón, sea motivo de profunda reflexión: [Dios ha ordenado todo con justicia, por lo tanto, hemos de contentarnos con todo].

(3) Todo es ordenado por Dios *sabiamente*... Así como al principio hizo Dios todas las cosas con sabiduría infinita (Sal. 104:24), con esa misma sabiduría infinita dispone y gobierna ahora todas las cosas. Esto se aplica, no sólo en lo que se refiere a toda la creación en toda su plenitud, sino también con respecto a cada una de sus partes, especialmente, al ser humano... Si lo creyéramos y lo consideráramos, esto contribuiría grandemente a nuestro contentamiento, cualquiera que fuera nuestra situación. ¡Por cierto, es totalmente absurdo que encontremos falta o nos disguste aquello que Dios hace con sabiduría admirable!... ¿Por qué no contentarnos plácidamente con lo que Él sabe que es lo más adecuado y mejor para nosotros? “El hombre vano se hará entendido” (Job 11:12). ¡El hombre insensato piensa que hubiera podido ordenar las cosas mejor que Dios! Le encuentra fallas a lo que Dios hace con él, pero en última instancia, su pretendida sabiduría es su peor insensatez. ¡Qué decisiones sabias toma siempre Dios por los hombres! Los santos lo verán cuando vayan al cielo, si no antes. Entonces, ¿no habremos de someternos silenciosamente, a su voluntad diciendo: “Él nos elegirá nuestras heredades” (Sal. 47:4)?

Por otra parte, ¡qué triste decisión toman los hombres para ellos mismos cuando, en su descontento, determinan ser ellos mismos los que escogen su camino! Raquel quería tener un hijo a toda costa (Gn. 30:1). Lo tuvo y le costó la vida (Gn. 35:16-19). Jacob no puede [esperar] los tiempos de Dios para recibir su bendición y ¡en qué mundo de problemas se mete por su apuro! (Gn. 25:28). ¡Pobre criatura! ¡Para arruinarte, no necesitas más que dejarte elegir tu propia condición! ¿No es mejor dejar que Dios escoja por ti? Reflexiona en la soledad de tu cámara sobre esto: “¿Sabía Dios cómo hacer mi persona? ¿Sabe cómo ordenar mi condición? El

que tiene suficiente sabiduría para conducir el ir y venir del universo y de la Iglesia, ¿no tendrá la sabiduría para conducir mi pequeño ir y venir? Aquel que tuvo una Providencia infalible para llevar al cielo a tantos santos, ¿no va a saber la mejor manera de hacer lo mismo conmigo? Él, que nunca cometió ni el más leve error en todas las obras que pasaron por sus manos, ¿cometerá un error en *mi* caso?”. Reflexiona sobre todo esto a ver si, acaso, [calme] todas las tormentas de nuestras pasiones. ¡Oh qué bendita serenidad mental deberíamos tener en cada situación si viviéramos creyendo con firmeza y dando seria consideración a la inescrutable sabiduría de Dios!

(4) Todo es ordenado por la gracia de Dios. “Todas las sendas de Jehová son misericordia y verdad, para los que guardan su pacto y sus testimonios” (Sal. 25:10). ¿[Sufres] pobreza, dolor, enfermedad, pérdida de relaciones, aflicciones mundanas? Todo es dado por misericordia o [con el fin de otorgar] misericordia al pueblo del Pacto de Dios... [Las aflicciones] vienen *del* amor de Dios y *para* hacer misericordia, siendo designios de Dios para bien, y nada más que bien, para aquellos que lo aman. Esto es algo especial en lo que deben pensar los que pertenecen a Dios. Los demás tienen la soberanía y justicia de Dios para atemorizarlos, en cambio, los santos tienen la misericordia y la bondad de Dios para obrar en su corazón y llevarlos a un sometimiento silencioso a su Voluntad. ¡Y cuánto hay en esta misericordia y verdad que, al *considerarlas* reflexivamente, conducen al contentamiento! ¡Qué! ¡Qué malo es que un hijo de Dios [se enoje y moleste] por esto o aquello cuando todo es para su bien y será bueno para él (según la gran promesa de Romanos 8:28)! Dios siempre sabe qué es lo mejor para los suyos, ¡tal es su sabiduría! Siempre hace lo que es mejor para los suyos, ¡tal es su misericordia! ¡Qué aliento para el corazón es meditar en esto! Hay mucho en los otros atributos ya mencionados para acallar las perturbaciones interiores, pero aún más en lo que me enfoco ahora. ¿Son la misericordia y la bondad los ingredientes para cada condición? Entonces, no haya nunca amargura, pues el sentido de esto es que la endulcen. ¿Es todo ordenado por *un Padre*, no para hacerle mal al hombre, sino para hacerle bien? Entonces, ¿por qué caer en el descontento? La verdad es que el estado de contentamiento en toda situación es algo que *apenas* alcanzamos, pues hay algo más elevado que debemos lograr: “Regocijaos en el Señor siempre” y “dad gracias en todo” (Fil. 4:4; 1 Ts. 5:18).

A fin de [lograr] contentamiento [Lo siguiente en lo que debemos enfocarnos y en que debemos centrar nuestros pensamientos] es el *contentamiento mismo*. Consideremos qué estado feliz y excelente es... El contentamiento [es]...

(1) **Un estado de gracia.** Incluye mucha gracia. Es un estado santo, bueno, lleno de gracia del alma. [El contentamiento indica que la persona tiene un correcto] sentido de Dios en su soberanía, justicia, sabiduría, bondad, etc. [Indica que la persona tiene un correcto] sentido de él mismo —un pobre, vil, despreciable ser—, “menor... que todas las misericordias” (Gn. 32:10). [Indica que la persona ha sometido, correctamente], su voluntad a la voluntad de su Creador y que vive entregada y a disposición total de su Hacedor. ¿No es esto santo y lleno de gracia? ¿Dónde se manifiesta la gracia más que en cosas como estas? El contentamiento evidencia *mucha* gracia, el descontento *mucho* pecado. Lo primero es un conjunto de varias gracias, lo segundo, un conjunto de varios pecados. En un estado de contentamiento hay humildad, fe, esperanza, paciencia, espiritualidad celestial, crucifixión al mundo, etc. En un estado de descontento hay soberbia, incredulidad, impaciencia, carnalidad y *lateísmo práctico*! La verdad es que el contentamiento es mejor que cualquier consuelo que nos falte, el descontento es peor que cualquier mal que sintamos. Ningún placer exterior es comparable al bien de lo primero, ninguna aflicción exterior es comparable a la maldad de lo segundo.

(2) **Muy agradable a Dios.** Es un estado muy agradable a Dios. Cuando el hombre ha llegado al punto de entregarse él mismo y todas sus preocupaciones a los pies de Dios y decir: “Es el Señor. Haga conmigo y con lo mío lo que bien le parezca. Me agradará mucho todo lo que Él haga”. — *¡Oh, esto complace de gran manera a Dios!*—. Lo complacemos a Él cuando sus providencias nos complacen a nosotros... Nada provoca tanto a Dios como el espíritu murmurador e irritado. Nada le complace más que un espíritu aquietado.

(3) **Muy beneficioso para nosotros.** Los beneficios para nosotros son grandísimos: (i) *Nos llena de consuelo.* Nunca le falta consolación al que vive con contentamiento. El espíritu con contentamiento es un espíritu siempre alegre. Es un *cielo* sobre la tierra, así como lo opuesto es un *infierno* sobre la tierra. Es una mente en paz en toda condición. El hombre que goza de contentamiento tiene el consuelo, no sólo de lo que posee, sino también de lo que no posee. Lo que le falta de bienes exteriores está compensado por su sumisión interior. (ii) *Es conveniente para cumplir su deber.* ¡Señor! Cuando el corazón se queja y se subleva contra Dios, ¡qué inútil es para cumplir sus deberes! En cambio, cuando el espíritu está tranquilo y aquietado, hace todo bien... (iii) *Siempre nos procura la misericordia que anhelamos o alguna otra que es mejor para nosotros.* El descontento nos hace perder lo que tenemos; el contentamiento nos da lo que nos falta. Las quejas nunca han quitado una cruz ni dado un consuelo; la sumisión

silenciosa hace ambas cosas. El padre sigue corrigiendo al hijo voluntarioso⁷; pero en cuanto cede y se aquieta, le da lo que sea. (iv) *Endulza toda copa amarga*. Este ingrediente quita la amargura de cualquier condición, igual como la rama arrojada por Moisés [quitó] la amargura de las aguas. Nada le falla a aquel que ha aprendido a contentarse.

Para finalizar este tema: Estamos perdidos por no *considerar*. El mundo gime bajo los efectos dañinos por no considerar... ¿Será por eso que existe tan poco contentamiento entre los hombres y los que profesan ser cristianos? ¿Que tan pocos han aprendido a contentarse cualquiera sea su situación? ¿Que la impaciencia, las quejas, las discordias con Dios y el descontento sean tan epidémicos? ¿Que la mayoría viva inconforme con su condición? ¿De dónde viene esto? Respondo: “En gran medida se debe al descuido general de la *consideración* reflexiva”. Si sólo pudiéramos hacer que los hombres consideraran el tema, el contentamiento no sería tan raro como lo es ahora. No afirmo que esto solo sería suficiente, pero créeme, ayudaría mucho.

Tomado de *Cómo los cristianos pueden aprender a contentarse cualquiera sea su situación* (How Christians May Learn in Every State to Be Content) en *Sermones puritanos* (*Puritan Sermons*), 1659-1689, Tomo 2, Richard Owen Roberts.

Thomas Jacombe (1622-1687): Pastor no conformista inglés, hombre de vida ejemplar y gran erudición; nacido en Melton Mowbray, Leicestershire.



¿Puedes regocijarte en las tribulaciones? ¿Estás contento a pesar del mundo? ¿Tienes contentamiento? ¿Eres independiente del mundo y todo su ruido y bullicio, su vacío espectáculo y todo lo que puede suceder en él? ¿Cuentas con un lugar de reposo, paz y quietud; un gozo calmado e imperturbable que el mundo no puede dar ni quitar? Si estas cosas tienes, “gran gracia” es sobre ti; la gracia de Dios en Jesucristo.

—David Martyn Lloyd Jones

⁷ **Voluntarioso** – Rebelde, obstinado, difícil de tratar.

CONTENTAMIENTO TOTAL EN CRISTO

Jonathan Edwards (1703-1758)

“Y será aquel varón como escondedero contra el viento, y como refugio contra el turbión; como arroyos de aguas en tierra de sequedad, como sombra de gran peñasco en tierra calurosa” (Is. 32:2).

Hay en Cristo una provisión para la satisfacción y el total contentamiento del alma sedienta y necesitada. A eso se refieren las palabras del texto que dicen: “Como arroyos de aguas en tierra de sequedad”... Fue dicho que Cristo es un río de agua porque hay en Él plenitud de provisión para el alma necesitada y anhelante. Cuando uno tiene mucha sed, un trago de agua no lo satisface, pero cuando llega a un río, calma totalmente su sed. Cristo es como un río, en el sentido de que es suficiente, no sólo para un alma sedienta, sino que al saciarla, su caudal no disminuye. No satisface menos a los que beben de él después de haber saciado la sed de otro. El hombre sediento no disminuye el cauce del río por calmar su sed con sus aguas.

Cristo también es como un río en otro sentido: El río fluye continuamente. Sin detenerse, fluye agua de su fuente, de modo que el hombre puede vivir de él y recibir agua toda su vida. De igual manera, es Cristo una fuente que fluye sin cesar. Aprovisiona continuamente a su pueblo, sin que la fuente se seque. Los que son de Cristo, pueden recibir suministros frescos de Él por toda la eternidad. Pueden disfrutar de un aumento de bendiciones que son nuevas, siguen siendo nuevas y *jamás* tendrán fin.

Para ilustrar esta proposición, pregunto:

1. ¿Qué es lo que todo hombre anhela natural e inevitablemente?

Primero: *El alma de todo ser humano ansía, inevitablemente, felicidad.* Éste es un apetito universal de la naturaleza humana que es igual en el bueno y en el malo... No sólo es natural a toda la humanidad, sino también a los ángeles. Es universal de todos los seres racionales e inteligentes en el cielo, la tierra y el infierno, porque fluye, inevitablemente, de una naturaleza inteligente. No existe un ser racional, *ni puede existir uno*, sin un amor y deseo de felicidad. Es imposible que haya una criatura que ame la miseria o que no ame la felicidad, dado que eso implica una manifiesta contradicción. La sola noción de la miseria es de encontrarse en un estado que la naturaleza aborrece y la noción de felicidad es de estar en un estado sumamente agradable a su naturaleza. Por lo tanto, esta ansia de felicidad

es inalterable e imposible de cambiar; nunca puede ser superada ni cesar de ninguna manera. El joven y el anciano, el bueno y el malo, el sabio y el indocto, sin excepción, aman la felicidad, aunque haya una gran variedad de ideas humanas sobre lo que ésta constituye...

Segundo: *El alma de todo hombre ansía una felicidad que es igual a la capacidad de su naturaleza.* El alma del hombre es como una vasija: la capacidad del alma es igual al tamaño o el contenido de la vasija. Por lo tanto, si el hombre tiene mucho placer y felicidad, pero la vasija no está llena, sigue teniendo ansiedad. Toda criatura sigue inquieta hasta que disfruta en proporción directa a la capacidad de su naturaleza... La naturaleza del hombre es tal, que tiene una capacidad inmensa de ser feliz. Fue hecho de una naturaleza extremadamente superior a los [animales] por lo que tiene una gran capacidad de felicidad para satisfacer. Los placeres de los sentidos externos que contentan a las bestias, no dan contentamiento al hombre. Tiene otras facultades que son de una naturaleza más elevada para satisfacer. Si los sentidos están saciados¹, pero las facultades² del alma no, el hombre permanece en un estado de ansiedad y desasosiego.

Lo es más por la facultad de entender que el alma tiene capacidad para una felicidad tan grande y que ansía tanto. La comprensión es una facultad de la mente excesivamente extensa. Se extiende más allá de los límites de la tierra, más allá de los límites de la creación. Debido a que tenemos la capacidad de comprender inmensamente más de lo que de hecho comprendemos, ¿quién sabe hasta qué punto puede extenderse la comprensión del hombre? Y a medida que aumenta su comprensión, aumenta también su ansiedad. Por lo tanto, tiene que ser un objeto incomprensible lo que satisface el alma; nunca se contentará sólo con aquello a lo que le puede ver un fin. Nunca estará satisfecho con aquella felicidad a la que le puede encontrar fondo. Puede por un tiempo tener contentamiento con un objeto de duración limitada; pero pronto se encuentra con que necesita algo más. Esto es fácil de observar en la experiencia de este mundo descontento y ansioso...

2. Los hombres en su estado caído tienen una enorme carencia de esta felicidad. Alguna vez la disfrutaron, pero la humanidad ha caído a un estado muy bajo. Por naturaleza, somos pobres criaturas necesitadas. Desnudos venimos al mundo y nuestras almas, al igual que nuestros cuerpos, están en una condición desdichada y miserable... La pobreza de la condición humana se manifiesta en su espíritu inconforme y ansioso...

¹ **Saciados** – Satisfechos al máximo.

² **Facultad** – Poder de la mente.

Somos naturalmente como el hijo pródigo³: Antes éramos ricos, pero dejamos la casa de nuestro padre, malgastamos nuestra fortuna y somos ahora pobres criaturas, hambrientas y miserables.

Los hombres, en su condición natural, *pueden* encontrar algo para gratificar sus sentidos, pero *nada para alimentar su alma*. Esa parte más noble y esencial, perece por falta de alimento. Pueden comer suntuosamente⁴ todos los días, pueden consentir su cuerpo, pero el alma no puede ser alimentada por una mesa suntuosa... Las facultades superiores requieren ser satisfechas, tanto como las inferiores. La verdadera pobreza y verdadera miseria consisten en la falta de aquellas cosas que nuestra parte espiritual necesita.

3. Aquellos pecadores, totalmente vivificados, son conscientes de su gran necesidad. Millones de gentes no son conscientes de su condición necesitada y miserable. Son pobres, pero se creen ricos y cada vez lo son más. De hecho, ningún ser humano en su estado natural, tiene *verdadero* contentamiento... En cambio, el alma totalmente vivificada percibe que está muy lejos de la verdadera felicidad, que las cosas que posee nunca lo harán feliz, que, a pesar de todas sus posesiones materiales, es “un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Ap. 3:17). Se da cuenta de la corta duración y la incertidumbre de esas cosas y de que son insuficientes para satisfacer la conciencia atribulada. El alma vivificada quiere algo más para darle paz y tranquilidad. Si alguien le dijera que puede poseer un reino, eso no lo tranquilizaría. Anhela que sus pecados sean perdonados y estar en paz con su Juez. Es pobre y se asemeja a un mendigo que clama pidiendo ayuda. No tiene sed porque no ve aún dónde se encuentra la verdadera felicidad, pero porque ve que no la tiene y no puede encontrarla, está sin consuelo, no sabe dónde encontrarla y la ansía. ¡Oh, qué no daría por encontrar algo de paz y consuelo que lo satisfaga! Así son aquellas almas hambrientas y sedientas que, a menudo, Cristo [llama] para sí. “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura” (Is. 55:1-2). “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba... el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Jn. 7:37; Ap. 22:17).

4. Hay en Cristo Jesús, abundante provisión para la satisfacción y el contentamiento pleno de almas como estas.

³ **Pródigo** – El hijo irresponsablemente derrochador de la parábola de Cristo (Lc. 15:11-32).

⁴ **Comer suntuosamente** – Comer bien a un precio muy alto.

Primero: *La excelencia de Cristo es tal que descubrirla trae contentamiento y satisface plenamente el alma.* Lo que el alma busca es aquello que es más excelente. El alma carnal imagina que las cosas *terrenales* son excelentes, unos piensan que las riquezas son lo más excelente, otros tienen en la más alta estima el honor y hay otros a quienes les parece que lo más excelente es el placer carnal. Pero el alma no puede encontrar contentamiento en ninguna de estas cosas porque muy pronto percibe en ellas la ausencia de excelencia.

Los hombres mundanos imaginan que hay una excelencia y felicidad auténticas en las cosas que buscan. Piensan que si pudieran obtenerlas, serían felices. Cuando las obtienen y no encuentran ahí la felicidad, comienzan a buscarla en otra cosa y su búsqueda nunca termina.

En cambio, Cristo Jesús tiene excelencia auténtica y es tan grande que cuando el alma llega a verla, deja de buscar. Allí descansa su mente. Ve en Él una gloria trascendental⁵ y una dulzura inefable⁶. Ve que hasta ahora, ha estado persiguiendo sombras, pero que ahora ha encontrado la sustancia. Antes buscaba felicidad en un arroyo, pero ahora la encontró en un océano. La excelencia de Cristo es lo más adecuado para satisfacer las ansias naturales del alma y suficiente para llenarla en toda su capacidad. Es una excelencia infinita —como la anhela la mente— en la cual no encuentra límites. Cuánto más se acostumbra a ella, más excelente le resulta. Cada nuevo descubrimiento hace que esta belleza sea más deslumbrante. Aquí hay suficiente espacio para que la mente vaya más y más profundamente, y nunca llegue al fondo. El alma queda sumamente embelesada cuando mira por primera vez esta belleza y nunca se cansa de ella. La mente nunca se sacia, en cambio la excelencia de Cristo es siempre fresca y nueva; deleita aún después de que ha sido vista mil o diez mil años, como cuando fue vista por primera vez. La excelencia de Cristo es un objeto adecuado para las facultades superiores del hombre; adecuado para cultivar la facultad de razonar y comprender, y nada más meritorio hay que ocupar el entendimiento como esta excelencia. ¡No existe otro objeto tan grande, noble y exaltado!

Esta excelencia de Jesucristo es el alimento adecuado para el alma racional. El alma que acude a Cristo se alimenta de ella y de ella vive. Es ese pan que bajó del cielo y del cual el que lo come no morirá... Ese ese vino y leche (Is. 55:1), dado sin dinero y sin precio. Ésta es la grosura (Is. 55:2) en que el alma creyente se deleita. Aquí el alma anhelante encuentra satisfacción y el alma hambrienta se llena de bondad. El deleite y conten-

⁵ **Trascendental** – Que sobrepasa los límites normales del universo material.

⁶ **Inefable** – Indescriptible, demasiado grande para poner en palabras.

tamiento que se encuentran aquí, sobrepasa todo entendimiento, es indescriptible y glorioso. Es imposible para aquellos que han bebido de esta fuente y conocen su dulzura, que alguna vez la abandonen. El alma ha encontrado un río de agua viva y no quiere ninguna otra bebida. Ha encontrado el árbol de vida y no desea ningún otro fruto.

Segundo: *La manifestación del amor de Cristo da al alma contentamiento abundante.* Este amor de Cristo es sumamente dulce y satisfactorio; es mejor que la vida misma porque es el amor de una Persona de semejante dignidad y excelencia. La dulzura de su amor depende mucho de la grandeza de su excelencia; cuánto más hermosa es la persona, más deseable es su amor. ¡Cuán dulce ha de ser el amor de esa persona que es el Hijo eterno de Dios y que tiene la misma dignidad del Padre! ¡Cuán grande es la felicidad de ser el objeto del amor de Aquel que es el Creador del mundo, por quien todas las cosas subsisten, que ha sido exaltado a la diestra de Dios y hecho Cabeza de los principados y poderes en lugares celestiales, que tiene todas las cosas bajo su pie, Rey de reyes y Señor de señores, el resplandor de la gloria del Padre! No cabe duda que ser amado por Él basta para satisfacer el alma de un gusano del polvo.

Este amor de Cristo es sumamente dulce y satisfactorio por su grandeza. Es un amor *hasta la muerte*, nunca visto antes ni después y sin paralelos. Ha habido ejemplos de gran amor entre dos amigos terrenales: Hubo un amor incomparable entre David y Jonatán, pero nunca hubo un amor como el de Cristo por los creyentes. La naturaleza satisfactoria de este amor surge también de sus dulces frutos. Esos beneficios preciosos que Cristo da a su pueblo y esas promesas preciosas que Él les ha dado son el fruto de este amor. El gozo y la esperanza son corrientes que fluyen constantemente de *esta* fuente: El amor de Cristo.

Tercero: *En Cristo hay provisión para la satisfacción y el contentamiento del alma sedienta y anhelante porque Él es el camino al Padre.* [Esto no es] sólo por la plenitud de excelencia y gracia que Él tiene en su propia Persona, sino del hecho de que por medio de Él, podemos acudir a Dios, reconciliarnos con Él y encontrar la felicidad en su favor y amor.

La pobreza y la miseria del alma en su estado natural consisten en estar separada de Dios porque Dios es la riqueza y felicidad de la criatura. Pero estamos alejados de Dios por naturaleza y Dios está separado de nosotros: Nuestro Hacedor no está en paz con nosotros. Pero en Cristo, hay un camino hacia la comunicación libre entre Dios y nosotros para que acudamos a Dios y para que Dios se comunique con nosotros por medio de su Espíritu. “Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6). “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la

sangre de Cristo... porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios” (Ef. 2:13, 18-19).

Dado que Cristo es el camino al Padre, nos conduce a la verdadera felicidad y al contentamiento. “Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos” (Jn. 10:9). ¡Por lo tanto, aprovecho la ocasión para [llamar] a las almas necesitadas y sedientas a venir a Jesús! “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Jn. 7:37). Tú, que no has venido todavía a Cristo, te encuentras en una condición de pobreza y necesidad. Estás en tierra de sequedad. Y si ya has sido vivificado, eres sensible al hecho de que estás desolado y a punto de desmayar por falta de algo que satisfaga plenamente tu alma. Acude a Él que es como “ríos sobre tierra árida” (Is. 44:3). En Él hay plenitud y abundancia. Es como un río que fluye constantemente; puedes vivir junto a él para siempre y nunca tener necesidad. Acude a Aquel que tiene la excelencia suficiente para dar pleno contentamiento a tu alma, una Persona de gloria trascendental y hermosura inefable, donde tu alma puede morar eternamente sin cansarse ni estar [demasiado lleno]. [Cree en el] amor de Aquel, que es el Hijo unigénito de Dios y su escogido, en quien su alma tiene contentamiento (Is. 42:1). Por medio de Cristo, ven a Dios el Padre, de quien te has apartado por el pecado. ¡Él es el Camino, la Verdad y la Vida! Él es la puerta por la cual el que entra será salvo.

Tomado de Sermón XII en Las obras de Jonathan Edwards (*The Works of Jonathan Edwards*), Tomo 2, The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org.

Jonathan Edwards (1703-1758): Predicador norteamericano congregacionalista, usado por el Señor en el Gran Despertar; nacido en East Windsor, Condado de Connecticut.



EL PECADO INFERNAL DEL DESCONTENTO

Thomas Boston (1676-1732)

*“No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo”
(Éxodo 20:17).*

Pregunta: “¿Qué se prohíbe en el Décimo Mandamiento?”. **Respuesta:** El Décimo Mandamiento prohíbe todo descontento por nuestra condición; la envidia o el pesar por lo bueno de nuestro prójimo; y todo deseo o aflicción desordenada hacia las cosas que son suyas¹. Este mandamiento es un freno para el corazón desordenado del hombre que, de todas las partes del cuerpo, es la más difícil de controlar y mantener dentro de sus límites. La conducta del hombre puede ser cortés y complaciente: puede impedir que sus manos maten o cosa parecida, guardar su cuerpo de contaminación, sus manos de robar y su lengua de mentir, mientras que, a pesar de todo esto, el corazón dentro del pecho es como un mar tempestuoso que obedece al mandato divino: “Calla, enmudece” (Mr. 4:39).

El corazón corrompido por el pecado original se desborda en la facultad irascible², manifiesta en pasiones tempestuosas, una aversión del corazón por lo que el Señor, en su sabiduría, da al hombre... El corazón corrupto del hombre reacciona en dirección opuesta a la voluntad de Dios, negándose a aceptar lo que Él quiere y aferrándose a lo que manda que nos distancie. La fuente corrupta con sus varios arroyos es aquí prohibida... Observemos...

Las pasiones atormentadoras en las que se manifiesta la corrupción de la naturaleza porque el pecado, en su propia naturaleza, es *desgracia*. No tenemos más que tomar la senda de pecado para hacernos miserables y el camino elevado del deber para hacernos felices. Consideraremos la pasión tempestuosa del descontento con nuestro propio estado o condición.

¹ Catecismo Menor de Westminster, P. 81

² **Facultad irascible** – En opinión de Platón, el coraje, el espíritu y el apasionamiento residían en la parte irascible del alma humana.

El mandamiento claramente lo prohíbe porque el descontento presupone³ la presencia de la codicia y no puede haber codicia de lo que queremos sin descontento con lo que ya tenemos...

PRIMERO, MOSTRARÉ EL MAL DEL DESCONTENTO Y PINTARÉ ESTE PECADO EN SUS NEGROS MATICES. Éste el color del infierno por todas partes.

1. La naturaleza del descontento es una mezcla de los ingredientes más negros: Es la escoria del corazón corrupto que hierve y se mezcla hasta alcanzar su composición infernal.

La falta de sujeción y su rebelión contra la voluntad de Dios: “Como novilla indómita se apartó Israel” (Os. 4:16) —indómita—, rebelándose a la autoridad y sólo admitiendo su yugo cuando es forzada. El corazón descontento no puede someterse... Aunque Dios guía y gobierna el mundo, el descontento no quiere ser gobernado y se amotina en su contra. Lo que agrada a Dios, no lo agrada a él; lo que es bueno a los ojos de Dios, es malo a los ojos de él. Nada le agradará más que sacar de las manos de Dios las riendas del gobierno y manejarlas él mismo...

Tristeza del corazón bajo la dispensación divina hacia él: No es de acuerdo a su parecer y, entonces, su corazón se hunde en la tristeza (1 R. 21:4). Dios se interpone a la voluntad del descontento y él hiere su propio corazón con muchos pesares... Es un pesar mortal, una estocada de la espada al corazón mismo del hombre infligido por sus propias manos (2 Co. 7:10). Deshace su corazón... Lo hace decaer como Acab y es una carga más, encima del peso de su aflicción. Éste es el humo negro del descontento que, a menudo, estalla en una llama de fuego...

Enojo e ira contra su suerte: Murmuradores (Jud. 1:16). La palabra se refiere a los que están airados por su suerte y por la manera como Dios administra su Providencia al mundo. Están enojados con las dispensaciones de Dios y su corazón se levanta contra ellas y les gruñe. Ésta es una ira que resulta de preocuparse, por la que los hombres se inquietan y enojan en vano, como alguien que pega su cabeza contra la pared. La pared permanece intacta, ipero su cabeza está herida!...

Por último, hay en ello un sabor de blasfemia del corazón: [El descontento] golpea muy directamente contra Dios, el Gobernador del mundo, y acusa a su administración. Una evidencia de esto es que, a veces, irrumpe en palabras: “Vuestras palabras contra mí han sido violentas, dice Jehová. Y dijisteis: ¿Qué hemos hablado contra ti? Habéis dicho: Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley...?” (Mal. 3:13-14).

³ **Presupuesto** – Implícito como algo ya presente antes.

El descontento acusa a Dios (1) *de necedad* —como si Él no fuera suficientemente sabio para gobernar el mundo—. La persona displicente y descontenta, en su opinión equivocada, ve muchas fallas en la conducta de la Providencia y pretende decirle a Dios cómo corregir su obra y cómo mejorarla... (2) *de injusticia* —como si hubiera sido injusto con nosotros—. El juez de toda la tierra es justo en todo. No puede ser extorsionado ni ser parcial. No obstante, el corazón descontento se levanta contra Él y blasfema diciendo que hace acepción de personas... Si *de hecho* merecemos lo malo, si nos toca, eso no es injusticia. Entonces, ¿por qué nos quejamos? Y para colmo lo acusa (3) *de crueldad*. Job, en un ataque de descontento se queja: “Te has vuelto cruel para mí” (Job 30:21). De esta manera, la bondad misma es blasfemada por el descontento que se comporta como si estuviera en las manos de un tirano sin misericordia que disfruta de la desgracia de sus súbitos. El descontento llena el corazón con pensamientos negros y duros acerca de Dios y lo presenta como un amo inflexible y un cruel señor. De otra manera, la gente callaría y se contentaría...

Ésta ha sido la figura del descontento. ¿No es cierto que es muy negra? ¡Hay toneladas de rebelión contra la voluntad de Dios! [Está] la tristeza que mata, el enojo mortal y la aborrecible blasfemia del corazón, mientras que *no hay ni un grano de religión ni razón* en esta composición infernal. Si se considerara una descripción del infierno, no sería equivocada. ¡Porque lo cierto es que el descontento es el infierno en el corazón y un emblema vivo del abismo de tinieblas!

2. Si observamos el descontento y su crecimiento, veremos más de cerca su maldad. Basa su crecimiento en:

Un juicio ciego que pone las tinieblas en lugar de la luz y la luz en lugar de las tinieblas. No puede captar la sabiduría en la conducta de la Providencia, quien hace todas las cosas bien. Cuando nuestras mentes ciegas empiezan a detallar el tema de la administración de la sagrada Providencia, tienden a producir descontento, el cual con respecto a la Providencia es siempre irrazonable. Notemos cómo el buen Jacob muestra su necedad e ignorancia de los métodos de la Providencia: “Me habéis privado de mis hijos; José no parece, ni Simeón tampoco, y a Benjamín le llevaréis; contra mí son todas estas cosas” (Gn. 42:36). Comparemos esto con la promesa: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28) y compare el evento. Vemos que todas las cosas que pasaron eran para beneficio del buen patriarca y el de su numerosa familia... Nunca hay razón para el descontento, pero la mente ciega lo magnifica y apila sobre él tantas tonterías [que] por fin, el corazón no aguanta, como en el caso

de Raquel. Cuando Raquel vio que no podía darle hijos a Jacob, envidió a su hermana. Le dijo a Jacob: “Dame hijos, o si no, me muero” (Gn. 30:1). Es así que nuestra propia mente oscura es el yunque sobre el cual nuestras desgracias se martillan hasta hacerlas más grandes de lo que realmente son, se salen de la mano de Dios hasta que cubren de descontento nuestro corazón. Feliz es el hombre que puede tomar su cruz sin agregarle nada a lo que Dios dispone.

Un corazón orgulloso. El orgullo de Amán lo enfureció porque Mardoqueo no se arrodillaba y humillaba ante él (Est. 3:2, 5), algo que nunca hubiera molestado a un hombre humilde. El corazón orgulloso es un corazón *amplio*⁴ (Pr. 28:25). Lo poco no lo llenará; pasará mucho antes de que diga: “Es suficiente”, así que, naturalmente, esto producirá descontento. El diablo es la más orgullosa de las criaturas y, por ende, la más descontenta, porque el orgullo y el descontento viven siempre bajo el mismo techo...

Un afecto no mortificado hacia la criatura⁵ (1 Ti. 6:9-10). Jonás tenía una calabacera y estaba muy contento con ella. Le fue quitada y eso le produjo un gran descontento (Jon. 4:6, 9). El corazón se aferra tanto a tal o cual comodidad creada que llega a ser como un miembro vivo del cuerpo del hombre. Entonces, cuando le es quitado, ¿[es de extrañar que lance gritos] como si realmente le estuvieran amputando un miembro? ...En cambio, si nuestro afecto por algo creado [ha sido mortificado por la fe en Cristo] —*como debiera ser*— no daremos lugar al descontento.

Un espíritu de incredulidad. La falta de fe impidió la aceptación de la ofrenda de Caín y, consecuentemente, abrió la esclusa⁶ del descontento en él. “Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante” (He. 11:4; Gn. 4:5). El descontento se alimenta de la necesidad; la fe brinda satisfacción a las necesidades y puede alimentarse de ella cuando es todavía una promesa. ¡No es de extrañar que el descontento prevalezca donde hay incredulidad! Una fe [viva] mata el descontento, mientras que la incredulidad lo alimenta y lo aprecia. El descontento pone una barrera efectiva en el camino al resto del corazón, al que nunca puede llegar, excepto por medio de Dios.

⁴ **Corazón amplio** – La palabra traducida “*altivo*” en Proverbios 28:25 es *rachab*, que significa “amplio, ancho de espíritu” y puede significar “arrogante” o “egoísta” (Willem VanGemeren, Diccionario del Nuevo Testamento de teología y exégesis del Antiguo Testamento (*New Testament Dictionary of Old Testament Theology and Exegesis*)).

⁵ **Un afecto no mortificado... criatura** – Amor pecaminoso por las comodidades materiales que no se han hecho morir por fe en Cristo, dominio propio y oración.

⁶ **Esclusa** – Una presa con una puerta ajustable para controlar el flujo de agua.

3. Lo veremos en su efecto y parecerá muy negro. El árbol es conocido por sus frutos.

Arruina la comunión y el acceso a Dios. El agua turbia y fangosa no recibe la imagen del sol con la claridad que la recibe el agua clara y mansa. De la misma manera, el corazón descontento es incapaz de tener comunión con un Dios santo (1 Ti. 2:8). “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (Am. 3:3). Si alguien quiere tener comunión con Dios, su corazón no debe estar hirviendo de ira contra su hermano (Mt. 5:23-24). ¿Cómo entonces, la puede tener cuando está airado con su Dios, como lo está el descontento?

Incapacita al hombre para cumplir sus deberes santos —hablar con Dios en oración o que Dios le hable por medio de su Palabra— de manera que no los puede cumplir debida o aceptablemente. (1) Inutiliza su corazón como en el caso de Nabal. “Desmayó su corazón en él, y se quedó como una piedra” (1 S. 25:37). (2) Quita el deleite de las cosas espirituales, pervierte el gusto y les quita la sensibilidad hacia las personas, como sucedió en el caso de los israelitas en Egipto (Éx. 6:7-9). (3) Caer en el descontento desvía al corazón del deber cristiano y hace que [el pueblo de Dios] se aleje sistemáticamente de la adoración de Dios y lo sirva con desaliento y sin corazón, como lo hicieron los judíos en la época de Malaquías (Mal. 2:13-14). Su deslealtad hacia sus esposas causó su descontento e irritación, por lo que, cuando llegaban al templo, estaban de muy mal humor.

Arruina el bienestar de la sociedad y hace a la gente [desagradable] a quienes los rodean. Cuando Elcana subió a Silo con su familia para regocijarse ante el Señor, el enojo y la tristeza de Ana arruinaron la armonía (1 S. 1:7-8). Penina provocaba a Ana, Ana se enojó con ella y Elcana [se enojó] con ambas. El descontento es la pestilencia de la sociedad y hace diez veces peor a un mundo que ya de por sí es malvado. Hace que las personas sean una carga para otros porque les arruinan el día.

Es un tormento para uno mismo y convierte al hombre en su propio verdugo (1 R. 21:4). Lo cubre de tinieblas, diariamente lo alimenta de amargura y le da de beber hiel y ajeno (Pr. 15:15). Le roba las mejores cosas que puede poseer en este mundo, como su paz y tranquilidad. Hace que su mente sea como un mar turbulento que no se puede calmar. El hombre descontento vive todo el tiempo en el potro⁷ de tormento y él mismo es su verdugo.

⁷ **Potro** – Un instrumento de tortura que consiste en un marco en el que se estira a la víctima mediante rodillos giratorios a los que se ata las muñecas y los tobillos.

Succiona toda la savia de todo lo que uno disfruta. Así como unas pocas gotas de hiel amargan la copa de vino y unas pocas gotas de tinta enturbian la copa del más claro licor, el descontento amarga y enturbia todos los placeres... Lo vemos en Acab: “Y vino Acab a su casa triste y enojado, por la palabra que Nabot de Jezreel le había respondido, diciendo: No te daré la heredad de mis padres. Y se acostó en su cama, y volvió su rostro, y no comió” (1 R. 21:4). Así como el contentamiento convierte todos los metales en oro, el descontento los convierte en latón. ¿Qué gusto hay en la clara de un huevo sin sal? Lo mismo hay en cualquier placer bajo el sol sin contentamiento... por lo tanto, tenga el hombre lo que tenga, no disfruta más de lo que le da contentamiento.

Por ende, [el descontento] siempre produce ingratitud. Coloque la Providencia al hombre descontento en un paraíso: le prohíbe el fruto de un árbol... que lo amarga tanto que ya no da gracias a Dios por la gran variedad de delicias que el jardín le brinda. Todas estas no valen nada, mientras una de esas delicias esté fuera de su alcance... La ingratitud es un pecado de muerte negra: ¿cuánto más negro será aquello que lo causa?

Es una matriz fructífera de otros pecados. Da a luz a una gran camada de otras concupiscencias... Mencionaré como ejemplo tres de los más grotescos pescados fáciles de cometer, que son el producto natural del descontento. (1) *Homicidio* —el pecado más grotesco de la Segunda Tabla [Éx. 20:13]—... es el producto del descontento porque en cuanto el corazón, humeando de descontento, irrumpe en una flama, respira sangre y muerte... De él proceden las peores clases de homicidio: El de familiares más cercanos, como en el caso de Caín que dio muerte a Abel (Gn. 4:5, 8). Peor aún, es el descontento que causa el suicidio... Uno está cada vez más descontento con su suerte [y] su orgulloso corazón no puede soportarlo. Se desespera porque no puede [remediarlo] y se quita la vida. (2) *Hacer tratos con el diablo* —al estar airado con Dios, el descontento lo expone a caer presa de Satanás—. Saúl, en un arranque de descontento, recurrió a la adivina de Endor (1 S. 28). El corazón descontento es un corazón sombrío y se encuentra en aguas en que a Satanás le encanta pescar. He aquí el anzuelo con el que lo pesca: Promete hacer por él lo que Dios no hace o darle lo que Dios no le da. Y estando ellos concentrados en esto, sin poder estar aquietados sin esto, son fácilmente atrapados. (3) *Blasfemia contra Dios* —el pecado más grotesco de la Primera Tabla— porque de esa clase es el pecado imperdonable. El descontento es, por su propia naturaleza, una blasfemia en la práctica. Por lo tanto, cuando llega a un punto, irrumpe en blasfemias, como la de aquella abominable boca: “Ciertamente este mal de Jehová viene. ¿Para qué he de esperar más a Jehová?” (2 R. 6:33). Por estar airada con Dios, la gente empieza a disputar con Él

y a murmurar contra Él. Es difícil hablar y hablar *correctamente* bajo mucha presión. Quieran estos efectos convencernos de la maldad extraordinaria de esta raíz de amargura.

Por último, identifiquémoslo en las cualidades coincidentes, que no se ven en muchos otros pecados. Nombraré los siguientes:

El descontento es el conocido rebelde en el reino de la Providencia. Dios, quien ha creado al mundo, se adjudica a Él mismo su gobierno. ¡Pero el descontento intenta sacarle de las manos las riendas del mando! El descontento libra batalla con el Gobernador del mundo y contiene con Él, como si el barro pudiera contender con el Alfarero y decir: “¿Por qué me has hecho así?” (Ro. 9:20).

El descontento es un despreciador particular del reino de Gracia. Hay en él una malignidad particular contra la gracia del evangelio porque fomenta el menosprecio a Dios, al cielo y a todo lo que Cristo compró, lo cual el evangelio [declara] para llenar el gran vacío que sufre el hombre descontento (Éx. 6:7, 9). Es cierto, lo mismo sucede con otras concupiscencias como la codicia, la sensualidad y la blasfemia. Pero la diferencia es ésta: Estas concupiscencias tienen en sí un señuelo de ganancias o placeres y algo para poner en [lugar] de las cosas espirituales.

El hombre descontento *no* cuenta con un señuelo ni algo semejante que lo reemplace... él prefiere languidecer sin ningún consuelo antes que recurrir al evangelio...

El descontento sigue al hombre al reino de las tinieblas y lo acompaña para siempre. Hay algunas concupiscencias que los hombres no conservan más allá de la línea del tiempo. El codicioso aborrecerá su oro, dinero y riqueza en el infierno, el inmundo a sus repugnantes amigos, etc. Pero cuando el hombre descontento muere sin arrepentimiento, sus obras le siguen al abismo. En el infierno seguirá descontento para siempre, sin el más breve intervalo. Nunca volverá a sonreír, sino que una sombra eterna de tiniebla cubrirá su rostro. Se quejará, murmurará y exteriorizará su ira contra Dios y contra sí mismo, y blasfemaré para siempre. Consideremos el mal en esto y mantengámonos en guardia...

SEGUNDO, VEAMOS AHORA ALGUNOS REMEDIOS CONTRA EL DESCONTENTO Y CONSEJOS PERTINENTES.

Pon en práctica las instrucciones para tener contentamiento. Particularmente, considera a Dios como tu Dios en Cristo y ocúpate de creer que lo es. Llévalo al espacio de lo que sea que te falta o que te pesa por ser algo que te descontenta. Sin esto, todo lo demás es en vano. ¡El gozo de

Dios puede llenar el más grande vacío en tu corazón! “Jehová está en medio de ti, poderoso, él salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos” (Sof. 3:17).

Esfuézate por ser humilde. La humildad nos muestra que realmente no valemos nada y protege al corazón contra el descontento (Gn. 32:10). Nos lleva a comprender que no somos nada y, por ende, a comprender el misterio de aquel texto: “Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Ts. 5:18). El que está convencido que merece la muerte no estará descontento si sólo es desterrado. Y el que cree que merece perder la presencia de Dios para siempre no se quejará de sus pérdidas temporales.

No te obsesiones con tus cruces, pues eso no hace más que causar y alimentar el descontento (Sal. 39:3)... Enfoca tu vista en las bendiciones que ya disfrutas y sé agradecido.

Cumple con fidelidad tus deberes religiosos. Ponte a menudo de rodillas y abre tu corazón ante el Señor. Cuéntale todas tus [necesidades]. Hacer esto dio a Ana un dulce contentamiento (1 S. 1:18). Recurre con frecuencia a tu Biblia y escucha las buenas nuevas... Hay allí manantiales de consolación que no notas hasta que participes en aquello para lo cual fueron puestas allí.

Ponle freno al descontento en cuanto asoma su cabeza. Córtalo de raíz porque es un fuego que cobra fuerza al extenderse... El descontento es contender con Dios y es como soltar el agua que, por más pequeño sea el chorrito al comienzo, crece hasta alcanzar un tamaño monstruoso si no se controla [a tiempo].

Por último, vive por fe. Es el *mejor* resguardo contra el descontento. La fe afirma el alma en toda circunstancia en las promesas [y] ofrece una vista favorable de todas las cruces y aflicciones que tienden al bien de la persona. La [fe] confía en gran medida en cosas que no ha visto y, por ello, reduce la preocupación por las cosas del mundo. En suma, la [fe] encuentra en Dios todo lo que necesita. Esto arrasa con el descontento.

Tomado de Del Décimo Mandamiento (Of the Tenth Commendment) en Las obras completas de Thomas Boston (*The Complete Works of Thomas Boston*), Tomo 2, Tentmaker Publications, www.tentmakerpublications.com.

Thomas Boston (1676-1732): Pastor y teólogo presbiteriano escocés. Nacido en Duns, Berwickshire.



NUNCA TE DEJARÉ

Arthur W. Pink (1886-1952)

“Él dijo: No te desampararé, ni te dejaré” (Hebreos 13:5).

Contentamiento es tranquilidad del alma, es estar satisfecho con lo que Dios ha determinado darle al hombre. Es lo opuesto al espíritu codicioso que nunca se conforma, con una ansiedad desconfiada y murmuraciones petulantes. “Es una disposición generosa de la mente que surge de la confianza y satisfacción con Dios de manera exclusiva, contrariamente a todas las otras cosas, ya sea que parezcan malas o no”¹. Es nuestro deber tener las pesas de la balanza de nuestro corazón perfectamente equilibradas en los tratos de Dios con nosotros, de modo que no suban en la prosperidad ni bajen en la adversidad... Cuando te sientas tentado a quejarte de tu suerte, medita en Aquel que no tenía dónde recostar su cabeza y que era constantemente incomprendido por sus amigos y aborrecido por innumerables enemigos. Contemplar la cruz de Cristo es una maravillosa respuesta a la mente agitada y al espíritu quejumbroso.

Estad “**contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré**” (He. 13:5). He aquí la aplicación de lo antedicho, una razón de los deberes requeridos, un motivo para su cumplimiento. El versículo citado incluye una de las promesas divinas que, si la aceptamos debidamente, seremos disuadidos de la codicia y convencidos del contentamiento. Confiar en esta promesa divina moderará nuestros deseos y aliviará nuestros temores. “No te desampararé, ni te dejaré” es una garantía de la continua provisión y protección de Dios, y esto reprende todos nuestros deseos excesivos y condena toda nuestra ansiedad y temor. Los males están conectados, íntimamente, en la mayoría de los casos. La *codicia* en el cristiano tiene su raíz en el temor de pasar una necesidad, mientras que el *descontento* surge, generalmente, de la sospecha de que nuestra porción actual resulte inadecuada para suplir nuestras necesidades. Cada una de estas inquietudes es, igualmente, irracional y deshonoran a Dios.

Tanto la codicia como el descontento surgen de la incredulidad. Si confío realmente en Dios, ¿desconfiaré del futuro o temblaré ante la perspectiva de pasar hambre? Por supuesto que no; las dos cosas son incompatibles, opuestas —“me aseguraré [confiaré] y no temeré” (Is. 12:2)—. El argumento del Apóstol es claro y convincente: “Sean vuestras costumbres sin

¹ John Owen, Exposición sobre la Epístola a los Hebreos (*Exposition of the Epistle to the Hebrews*), Tomo 7, 412-413.

avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré"... "Él dijo". ¿Quién dijo? Lo dijo Aquel que es *omnipotente*, cuya sabiduría es *infinita*, cuya fidelidad es *segura* y cuyo amor es *inmutable*. "Toda la eficacia, el poder y consuelo de las promesas divinas surgen y se resuelven en las excelencias de la naturaleza divina. Aquel que es la verdad lo ha dicho y no puede mentir"². ¿Y qué fue lo que dijo, de lo cual, si la fe realmente se apropia, vence a la codicia y produce contentamiento? Esto: "No te desampararé, ni te dejaré". La presencia de Dios, su Providencia y su protección están aquí aseguradas. Si le damos la importancia que merecen a estas bendiciones inestimables, el corazón tendrá paz. ¿Qué más podríamos tener aparte de un convencimiento consciente de su promesa? ¡Oh, qué tuviéramos un sentido de su presencia y en el alma una manifestación de su gracia en esta promesa! ¿De qué servirían las riquezas, los honores y los placeres del mundo, si en última instancia nos abandonara? El consuelo de nuestra alma no depende de las provisiones externas, tanto como de la apropiación y disfrute de lo que contienen las promesas divinas. Si confiáramos más en ellas, menos cosas anhelaríamos del mundo. ¿Qué razón o motivo posible tenemos para temer cuando Dios nos ha prometido su presencia y ayuda constantes?

"No te desampararé, ni te dejaré". Es casi imposible reproducir en nuestro idioma, el énfasis del idioma original en que se usan, no menos de cinco veces, el negativo para dar más fuerza a lo que Dios no hará, según el vocablo en griego. Quizá lo más parecido sería algo así: "Nunca, no, nunca te desampararé, ni nunca te dejaré". En vista de tal garantía, no temamos que algo nos falte, ni que algo nos aflija, ni ningún temor por el futuro. En ningún momento, bajo ninguna circunstancia concebible o inconcebible, por ninguna causa posible, Dios abandonaría total y definitivamente a uno de los suyos. Entonces, ¡qué seguros están! ¡Es *imposible* que ninguno de ellos perezca eternamente! En su gracia, Dios condescendió con el creyente, a fin de dar la máxima seguridad a su fe en medio de todas sus dificultades y pruebas. La presencia constante de Dios en nosotros nos asegura la continua satisfacción de cada necesidad.

"Porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré". Estas palabras fueron dichas por primera vez por Jehová al sucesor de Moisés (Jos. 1:5), cuya tarea era despojar a Canaán de todas las naciones paganas que en aquel tiempo la poblaban... Esta preciosa promesa de Dios me pertenece tan realmente a mí ahora, tanto como lo fue para Josué en la antigüedad. Afe-rrémonos tenazmente, entonces, a este principio: Las promesas divinas que fueron dadas en ocasiones especiales a individuos particulares se aplican a un uso *general* entre los miembros de la familia de la fe... ¿Acaso

² Owen, 413.

no son las necesidades de los creyentes las mismas en una época o en otra? ¿Acaso no tiene Dios el mismo afecto por todos sus hijos? ¿No les tiene el mismo amor? Si es así, si no abandonó a Josué, tampoco lo hará con ninguno de nosotros... “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Ro. 15:4)...

“De manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre” (He. 13:6). Una vez más, el Apóstol confirma su argumento con un testimonio divino porque cita el Salmo 118:6. En esta cita de las palabras de David, los cristianos recibimos nuevamente la enseñanza de lo aplicable y actual que es el contenido del Antiguo Testamento a nuestros propios casos y lo bueno que es hacerlo nuestro. ¡“Podemos decir confiadamente” lo mismo que el salmista dijo!... El creyente es débil e inestable y necesita constantemente ayuda, por lo que el Señor está siempre listo para cumplir su parte y darle toda ayuda necesaria. “El Señor es mi ayudador” implica, como destacó William Gouge (1575-1653) “una adecuada y pronta disposición para brindarnos el socorro necesario”. A aquellos que nunca desampara, Él ayuda, tanto exterior como interiormente. Notemos cuidadosamente, el cambio de “podemos decir confiadamente” a “el Señor es mi ayudador”: Nosotros, hoy en día, podemos apropiarnos de los privilegios generales. “El hombre puede hacer mucho: puede multar, encarcelar, desterrar, reducir a un bocado de pan, sí, torturar y dar muerte; no obstante, mientras Dios está con nosotros y aboga por nosotros, podemos decir confiadamente: ‘no temeré lo que me pueda hacer el hombre’. ¿Por qué? Dios no permitirá que perezcamos totalmente. Puede dar gozo en la tristeza, vida en la muerte”³. Quiera Dios, en su gracia, dar tanto al escritor como al lector [de este artículo] más fe en Él, más confianza en sus promesas, más conciencia de su presencia y más seguridad en su ayuda y entonces, disfrutaremos más liberación de la codicia, el descontento y el temor al hombre.

Tomado de Estudios en las Escrituras (*Studies in the Scriptures*).

A.W. Pink (1886-1952): Pastor y autor; nacido en Gran Bretaña; emigró a los Estados Unidos y luego volvió a su patria en 1934; nacido en Nottingham, Inglaterra.



³ Thomas Manton, Sermón sobre Hebreos 13:5 en Las obras completas de Thomas Manton. Vol. 18, 452.

MIS TIEMPOS EN LA MANO DE DIOS

Octavius Winslow (1808-1878)

“En tu mano están mis tiempos” (Salmos 31:15).

Amadados, Dios nos ha colocado en una escuela donde nos enseña que pongamos a sus pies nuestro ciego razonamiento, que dejemos nuestra propia sabiduría y prudencia, y que nos apoyemos y confiemos en Él como lo hacen los hijos con sus padres. La bondad de Dios hacia nosotros, en combinación con su celo por su propia gloria, lo constriñe a no revelar la senda por la que nos conduce. Su promesa es: “Y guiaré a los ciegos por camino que no sabían, les haré andar por sendas que no habían conocido; delante de ellos cambiaré las tinieblas en luz, y lo escabroso en llanura. Estas cosas les haré, y no los desampararé” (Is. 42:16)... Amado hijo de Dios: Tus aflicciones, tus pruebas, tus cruces, tus pérdidas y tus tristezas —todas— sí *todas*, están en las manos de tu Padre celestial. No puedes tenerlas, a menos que Él las envíe. Somete ese corazón herido, entrega esa alma abatida por la tempestad a su disposición soberana, a su dominio sereno y justo en el espíritu y lenguaje sumiso de nuestro Salvador sufriente: ¡“No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22:42)! En tu mano están mis tiempos de tristeza y de dolor”.

En su mano están mis tiempos de angustia del alma, oscuridad espiritual y conflictos. Hay mucho de esto en la experiencia de los santos auténticos de Dios. Muchas de las batallas duramente libradas, la saeta flameante, la herida desesperante, la derrota momentánea en la vida del cristiano... Pero esos santos, en la mano del Señor están. Ninguna tiniebla espiritual cubre con su sombra, ninguna angustia mental abate, ninguna saeta flameante ha sido lanzada sin su consentimiento y para la cual no haya Él provisto. Nada existe que el Señor haya tomado bajo su cuidado tan entera y exclusivamente como el alma redimida y santificada de su pueblo. Todos sus intereses para la eternidad están exclusivamente en su mano. En la plenitud infinita de Jesús, la riqueza sin medida del pacto¹, en las grandes y preciosas promesas de su Palabra, Él ha anticipado cada necesidad espiritual del creyente. Cuán preciosa es tu alma

¹ **Pacto** — Una referencia al Pacto de Gracia, el propósito de Dios de redención eterna por gracia, concebido antes de la creación del mundo, anunciado primeramente en Génesis 3:15, progresivamente revelado a través de la historia; cumplido en la Persona y obra de Jesucristo y obtenida por fe en Él.

para Aquel que cargó con todos tus pecados, sufrió por ella toda su maldición, Quien soportó por ella indecibles ignominias y sufrimientos y Quien la redimió con su sangre preciosa. Guardado también, por su Espíritu, está su reino de justicia, gozo y paz dentro de ti. Te insto a comprender que, cualesquiera que sean tus luchas mentales, conflictos espirituales, dudas y temores, tus “tiempos” de abatimiento del alma, están en manos del Señor.

Allí guardados, seguros, están tus intereses espirituales. “Todos los consagrados estaban en su mano” (*ver* Dt. 33:3). Y Aquel en quien has depositado tu alma redimida, se ha comprometido a Sí mismo por tu seguridad espiritual eterna. De sus ovejas dice: “Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Jn. 10:28-29). Con una fe igualmente preciosa y humilde seguridad, tienes el privilegio de exclamar como Pablo: “Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Ti. 1:12).

¡Ah! Así como Cristo no puede perecer, tampoco puede hacerlo el que ha sido comprado con su sangre. Ningún miembro de su cuerpo, por más insignificante que sea, será cortado de Él. Ningún templo del Espíritu Santo, por débil e imperfecto que sea, será destruido. Ningún alma a quien la imagen divina le ha sido restaurada y a quien la naturaleza divina le ha sido impartida, en cuyo corazón el nombre de Jesús ha sido grabado, se verá envuelta en la destrucción final y eterna del impío. Nada perecerá fuera de lo terrenal y lo sensual. ¡Ni una débil chispa de luz divina será extinguida, ni un latido de vida espiritual morirá!

Piensa en esto, tú, todo pecador y tembloroso, que has huido a Jesús, tú que te aferras a Él... como la hiedra al roble: *Nunca* te desprenderás de la fe que tienes en Cristo, nunca se desprenderá Cristo de ese amor que por ti tiene. Tú y Jesús son uno, indivisible y eternamente uno. Nada te separará de su amor, de su cuidado, ni te excluirá de su comunión, ni tampoco te expulsará de su cielo ni de su bendición eterna. *Tú* estás en Cristo, eres objeto de su gracia; y *Cristo* está en ti, la esperanza de gloria (Col. 1:27). Todas tus preocupaciones están bajo el cuidado de Cristo, todas tus tristezas son tristezas de Cristo, todo lo que necesitas es todo lo que Cristo da, todas tus enfermedades son sanidad de Cristo, todas tus cruces son cargas de Cristo. Tu vida —temporal, espiritual, eterna— “está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3). ¡Oh, las bendiciones indecibles que surgen de una unión vital con el Señor Jesús! El creyente puede decir con regocijo: ¡Cristo y yo somos uno! Uno en naturaleza, uno en afecto, uno en cariño, ¡uno en comunión y uno por toda la eternidad! La

vida que vivo es una vida de fe en Él (ver Gá. 2:20). Recurro enseguida a Él con la confianza de un amigo amoroso, con la sencillez de un niño, le revelo mi dolor secreto y le confieso a Él mi pecado oculto. Admito que mi corazón no siempre es fiel. Le doy a conocer mis necesidades, mis sufrimientos, mis temores. Le cuento qué frío es mi afecto, qué reservada es mi obediencia, qué imperfecto mi servicio; y aun así, cómo ansío amarle con más ardor, seguirle más de cerca, servirle con más devoción, ser más entera y santamente suyo. ¿Y cómo me responde? Con un oído atento, con una mirada radiante, con una palabra llena de gracia, con una mano extendida con benignidad y gentileza, todo como Él es. Confía, entonces, querido lector, tus intereses espirituales y eternos a la mano del Señor...

A aquellos que, abatidos por un doloroso presentimiento de su propia muerte, están sujetos a servidumbre toda su vida, cuan consolador es reflexionar en el hecho de que la muerte del creyente está en la mano del Señor de manera particular. Es una verdad indubitable que hay un “tiempo de morir” (Ec. 3:2). ¡Ah! Pensamiento conmovedor y que perturba —“¡tiempo de morir!”—. Vendrá el tiempo cuando este conflicto mortal habrá acabado; cuando este corazón dejará de sentir, insensible tanto al gozo como a la tristeza, ¡cuando esta cabeza ya no dolerá y estos ojos no volverán a derramar lágrimas! [Será el] mejor y más santo de todos; un tiempo “cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Co. 15:54) y “seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2)... Siendo esto así, oh cristiano, ¿por qué te asalta este temor ansioso y tembloroso? En la mano del Señor tu tiempo de morir está, con todas las circunstancias que la rodeen. Todo es determinado y organizado por Aquel que te ama y te redimió —la bondad infinita, sabiduría y fidelidad darán la más excelsa felicidad a cada circunstancia de tu partida—. La enfermedad final no puede venir, el “último enemigo” no puede atacar hasta que Él diga. En su mano todo está. Entonces, deja tranquila y confiadamente a Él esta escena final de tu vida. *No puedes morir apartado de Jesús.* ¡Sea que tu espíritu emprenda su vuelo en tu casa u otro lugar, entre extraños o amigos, por un proceso largo o un ataque repentino, en luz o en oscuridad, Jesús estará contigo! Sostenido por su gracia y animado por su presencia, exclamarás triunfante: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento” (Sal. 23:4), teniendo en alto tu testimonio de la fidelidad de Dios y lo preciado de sus promesas al morir. “En tu mano está oh, Señor mi tiempo de morir y allí con tranquilidad lo dejo”... ¿En las manos de *quién* están los tiempos del creyente? En las manos de

su amante Padre. Sean cuales sean los tiempos, tiempos de pruebas, tiempos de tentación, tiempos de sufrimiento, tiempos de peligro, tiempos de sol o de sombras, de vida o muerte: *todo ello está en la mano de un Padre*. ¿Es tu senda actual solitaria y triste? ¿Ha tenido el Señor a bien quitarte una bendición que amabas, te ha negado algún pedido sincero o ha disciplinado dolorosamente tu corazón? Todo esto surge del amor de un Padre tan plenamente como si hubiera abierto su caja de tesoros y derramado los más valiosos a tus pies...

Nuestros tiempos están en las manos de un Redentor; ese mismo Redentor que cargó en su corazón nuestros sufrimientos, en su alma nuestra maldición y transgresiones, en sus hombros nuestra cruz, Quien murió, Quien resucitó, Quien vive e intercede por nosotros, Quien reunirá a todos sus redimidos a su alrededor en gloria como su guarda y su guía. ¿No puedes confiar con alegría a su cuidado y control todas tus preocupaciones terrenales, todos tus intereses espirituales “echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 P. 5:7)? “¡Oh sí!”, la fe responde, “en esa mano que aún lleva en su palma las marcas de los clavos están todos mis tiempos. ‘Me aseguraré [confiaré] y no temeré’ (Is. 12:2)”.

Lector incrédulo, te preguntas: “¿En la mano de quién están *mis* tiempos?” Respondo: “En las del Soberano Infinito, ‘Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos’ (Dn. 5:23). Te confronto con esta verdad ineludible: En la mano de Dios están tus tiempos. En Él vives, te mueves y eres (*ver* Hch. 17:28). No puedes actuar independiente de Dios ni siquiera durante un solo aliento, un solo pensamiento o un solo paso. No puedes escaparte de su gobierno, no puedes esconderte de su vista ni huir de su poder. Te hace responsable de todas tus posesiones, adquisiciones y acciones, y pronto te dirá: “Da cuenta de tu mayordomía” (Lc. 16:2)... Oh, que este año, *tu terca voluntad*, después de tanta resistencia, *tu corazón rebelde*, después de sus años de cerrarse y endurecerse contra un Salvador que [llama], se sienta dulcemente constreñido a someterse al evangelio de Cristo que antes despreciaba, a nacer del Espíritu, un hijo de Dios y heredero de la felicidad que no tendrá fin, a pesar del paso del tiempo y los siglos de eternidad.

¡Ah! ¡Para cuantos que leen estas páginas es probable que ya se habrá emitido el decreto: “Así ha dicho Jehová: ...morirás en este año” (Jer. 28:16)! ¡Sentencia sombría para los que no están unidos al Señor Jesús! Querido lector, ¿estás preparando y decidiendo pasar este año como todos los años anteriores de tu vida? ¡Qué! ¿En aborrecer a Dios, abusando de sus misericordias, despreciando a su Hijo, ignorando su salvación y endure-

ciendo tu corazón en pecado, en vivir para el mundo y para ti mismo atorando ira para el día de la ira? Una vida así, ¿merece ser vivida? ¿Puedes doblar tu rodilla... y orar: “¡Gran Autor de mi ser! ¡Padre de toda misericordia! ¡Justo Juez del mundo! Concédeme *otro* año de rebelión e impiedad, más tiempo para desperdiciar, más misericordias para abusar, más medios de gracia para ignorar, más bienes para malgastar, más influencia para oponerme y luchar contra ti”?

¡Tiembles de solo pensarlo! Seguramente, por nada del mundo podrías elevar semejante oración. No obstante,... en un estado de incredulidad, ¿no sucede que tus pensamientos, temperamento y decisiones son más expresivas que las palabras [que insultan] a Dios con el espíritu de una petición, cuyo lenguaje no te atreves a usar? Oh, ruego que gentil y convencidamente seas atraído por el Espíritu Santo, te acerques al Señor Jesús como un pecador que se ha destruido a sí mismo, pero que llega ante Él, humilde y arrepentido. ¡Oh, que sea esta la hora feliz de tu... entrega total al Señor para ser su hijo, su siervo para siempre!

Tu corazón no conocerá la verdadera felicidad, gozo y paz, mientras no sienta el amor del Salvador. Ni podrás entregarte a los deberes trascendentes y nobles de la vida verdadera, o contemplar la muerte con calma y la eternidad con esperanza, hasta no haberte reconciliado con Dios a través de “un solo mediador² entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Ti. 2:5)... la obra expiatoria ha terminado, la gran salvación ha sido comprada, la tremenda deuda ha sido cancelada; todo perfeccionado y asegurado por la sangre del Hijo encarnado de Dios. Y ahora se complace en otorgar esta inestimable y preciosa gracia a todo el que se acerque a Él, “quebrantado y humilde de espíritu” (Is. 57:15) como un favor gratuito, no importa lo vil, indigno y pobre que sea. “Por gracia sois salvos” (Ef. 2:5). “Por tanto, es por fe, para que sea por gracia” (Ro. 4:16). Ante la majestad y el esplendor de esta preciada verdad, toda gloria humana tiene que desvanecerse, todo orgullo humano tiene que caer... El corazón orgulloso, rebelde y moralista tiene que humillarse hasta el polvo. Ponte a salvo creyendo en la justicia del Señor Jesucristo y serás aceptado... ”Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1). Escrito está: “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Ro. 3:20). Bajo la misma inspiración también escrito está: “Mas al que no obra, sino cree en aquel que

² **Mediador** – El que media entre dos partes. Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto hecho entre ambos, para que fuera el *Mediador* entre Dios y el hombre; Profeta; Sacerdote y Rey; Cabeza y Salvador de la Iglesia, el heredero de todas las cosas y Juez del mundo; a quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que a su tiempo lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara (*Confesión de fe bautista de 1689*. 8.1).

justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Ro. 4:5). Luego, a este acto de justificación³ gratuita, le sigue este santo y precioso resultado: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1). Después, por todos los intereses eternos que están en juego, por el anhelo de una vida santa, una muerte feliz y una inmortalidad gloriosa, *¡considera tu camino!* Renuncia a toda confianza en los sacramentos, deberes religiosos y obras de caridad. Bajo una convicción espiritual profunda de lo desesperadamente pecaminoso de tu naturaleza caída y corrupta —la plaga de tu propio corazón (1 R. 8:38)—, tu condenación por la Ley, tu absoluta incapacidad de salvarte a ti mismo y de tu falta total de preparación para presentarte delante del Dios y Señor santo— ¡Huye a Cristo! Haz tuya la gran salvación que Él ha conseguido eficazmente, la cual libremente otorga.

¿Cómo te recibirá el Salvador? ¿Hay alguna duda? ¡Oh no! Ninguna. Vino al mundo para salvar a los pecadores y te salvará a ti. Su compasión lo *inclina* a salvar a los pecadores, su poder lo *capacita* para hacerlo y su promesa lo *obliga* a ello. “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Ti. 1:15)... No es una gran fe, ni una experiencia profunda, ni un conocimiento extenso lo que se requiere. La vista más borrosa que haya puesto sus ojos en Cristo, la mano más débil que se haya tomado de Cristo, el paso más tembloroso que jamás se haya dado para acercarse a Cristo, tiene en sí una salvación en el presente y tiene en sí un futuro de vida eterna. La más pequeña medida de fe verdadera llevará el alma al cielo... Jesús sufrió a lo sumo, “por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (He. 7:25).

En conclusión, enfoquemos la influencia práctica que esta verdad debiera tener sobre nuestras mentes... Deja que esta verdad preciosa: “En tu mano están mis tiempos”, te quite de la mente toda la preocupación ansiosa e inútil sobre el presente o el futuro. Teniendo una fe sencilla en Dios... “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré” (He. 13:5). Aprende a contentarte con lo que te toca en el presente, con los tratos de Dios contigo y con lo que Él dispone para ti. Estás justo donde te ha colocado su Providencia —en su [misteriosa], pero omnisciente y justa decisión—. Puede ser una posición dolorosa, irritante y difícil, *pero es la correcta*. ¡Oh sí! ¡Es la correcta! Busca sólo glorificarlo en ella. Dondequiera que estés, Dios tiene una obra para que realices, un propósito para

³ **Justificación** – La justificación es un acto de la gracia de Dios, en que Él perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos delante de Él, sólo por la justicia de Cristo imputada a nosotros y recibida sólo por fe (*Catecismo de Spurgeon*, P. 32).

lograr a través de ti, en el cual combina tu felicidad y su gloria. Y cuando hayas aprendido las lecciones de su amor, te transferirá a una esfera superior...

Procura pues [por fe], vivir una vida de dependencia cotidiana en Dios. ¡Oh, es una vida dulce y santa! Te libera de muchos sentimientos desalentadores, de muchas preocupaciones corrosivas, de muchos pensamientos ansiosos, de muchas noches de insomnio, de muchas lágrimas derramadas, de muchas intrigas imprudentes y pecaminosas... ¡Oh sí! Amado lector, agradece a Dios que tus tiempos, tus intereses, tu salvación están fuera de tus manos y fuera de las manos de todas las criaturas y, en cambio, absolutamente seguros en su mano están. ¡Adelante en la senda del deber, del trabajo y del sufrimiento! Que tu meta sea parecerte más a Cristo en tu carácter, tu espíritu y tu vida entera. Pronto será dicho: “El Maestro está aquí y te llama” (Jn. 11:28)... Paciente en perseverar, sumiso en el sufrimiento, satisfecho en el lugar que Dios te dio, celoso, devoto, ponte en guardia y espera “tu heredad al fin de los días” (Dn. 12:13). Implícitamente, confía tu futuro en Dios. No tendrás ningún dolor para el que Él no brinde un dulce manantial de consolación, ninguna aflicción que no sea atendida con la compasión más tierna del Salvador... Sea tu oración constante: “Sostenme, y seré salvo” (Sal. 119:117). Sea tu precepto diario: “Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 P. 5:7). Y luego, deja que Dios cumpla —como fielmente lo hará— su propia generosa y preciosa promesa: “Como tus días serán tus fuerzas” (Dt. 33:25). De esta manera, camina con Dios por este valle de lágrimas hasta cambiar la tristeza por alegría, el sufrimiento por tranquilidad, el pecado por pureza, el trabajo por descanso, el conflicto por victoria y todas las escenas fluctuantes y sombrías de la tierra por la gloriosa felicidad permanente y luminosa del cielo.

Tomado de *Mis tiempos en la mano de Dios* (*My Times in God's Hand*) New York: A.D.F. Randolph, 1868.

Octavius Winslow (1808-1878): Pastor no conformista, ordenado en 1833 en Nueva York, pero más adelante radicado en Inglaterra; nacido en Londres, Inglaterra.

